

JUAN MANUEL MARTIN-MORENO, s.j.

ALABARE A MI SENOR

9



EDICIONES PAULINAS

ALABARÉ A MI SEÑOR

Colección
PLENITUD
9

JUAN MANUEL MARTIN MORENO s.j

ALABARÉ A MI SEÑOR

La alabanza como estilo de vida

EDICIONES PAULINAS

Con las debidas licencias
Todos los derechos reservados
Inscripción N° 58.698

© EDICIONES PUALINAS
Vic. Mackenna 10.777, La Florida (Stgo.) Chile
Vic. Mackenna 6299. Santiago

Impresor: Pía Sociedad de San Pablo
Vic. Mackenna 10.777, LaFlorida
Mayo 1984
Impreso en Chile -Printed in Chile

PRESENTACION

El P. Juan Manuel Martín-Moreno, s.j., tuvo sus primeros contactos con la oración carismática en Perú. Desde entonces, la alabanza ha ido transformando su vida, y, como lo expresa él mismo, desde los aspectos externos y más festivos, ésta ha ido calando hondo hasta empapar el corazón. Esta oración de alabanza, le enseñó a dar gracias por lo que a uno le parece bueno y lo que a uno le parece malo.

En estas líneas, el autor nos hace reflexionar sobre la profundidad de su experiencia y las raíces bíblicas en las cuales se fundamenta. El mismo nos dice: "He comprendido también que la fuente más honda de dónde brota la alabanza es la comunidad. En ella aprendemos a alabar a Dios. A ella acudimos día tras día para perdernos en su oración, para abandonarnos en la alabanza de los hermanos".

Al volver a su patria, España, el autor ha publicado este libro, donde nos abre un camino para profundizar en la alabanza, fruto de su propia experiencia. Esta obra será de gran provecho para crecer en esta oración.

LOS EDITORES

I

LAS RAICES BIBLICAS DE LA ALABANZA

Cada vez que en los Salmos aparece la palabra “aclamar” o “aclamación” nos encontramos con uno de los estilos de oración más típicamente bíblicos. Es la oración a Dios en la que se reconoce su grandeza, el poder de su majestad y su obra de salvación.

En el hebreo original de los Salmos aparece el verbo “*ruwa*” (alabar) y el sustantivo “*teruwa*” (alabanza). Según algunos filólogos, la raíz de estas dos palabras significa “hendir los tímpanos con un gran ruido”.

La alabanza de Dios desde el principio está unida en su misma raíz con la idea de estrépito, ruido.

La primera vez que aparece en la Biblia esta palabra es en el contexto guerrero de las campañas israelitas por la conquista de Canaán. Propiamente la aclamación era el grito de guerra que lanzaba el ejército formado en orden de batalla contra el enemigo.

Antes de iniciarse el combate se invoca el nombre del Señor sobre todo el ejército. Esta invocación no es una súplica temblorosa de alguien que duda del resultado de la batalla. Es una alabanza resonante. En ella se reconoce la presencia del Señor de los ejércitos, del Dios de las victorias. Se agradece por anticipado la victoria, alabando la fuerza y el poder de Dios en el campamento.

Esta aclamación o “clamoreo”, de la que nos habla incesantemente la Biblia, debió tener su ritual propio que era necesario aprender. Una especie de rito para iniciados que constituye al pueblo en pueblo de alabanza. “Di-

choso el pueblo que conoce el grito de aclamación” (Sal. 89, 16). No sabemos con exactitud el ritual de este grito. Sólo sabemos que era un clamor muy fuerte de todo el pueblo, acompañado por el sonido de las trompetas, unas trompetas especiales que se usaban para esta ocasión (“trompetas de clamoreo”, Núm 31,6), que eran llevadas por los sacerdotes.

Quizás el episodio más dramático en que se nos describe este grito de guerra es la toma de Jericó (Jos 6,5). El pueblo en formación de batalla delante de las murallas prorrumpe en un gran clamoreo con el sonido de las trompetas, y las murallas de Jericó caen ante el poder de la alabanza. Tocan primero las dos trompetas de plata de que nos habla Núm. 10,2 y el pueblo responde a este sonido lanzando un gran griterío (*teruwa*).

El principal efecto que se atribuye a este grito de alabanza es la liberación del pueblo oprimido. “Cuando ya en vuestra tierra partáis para el combate contra un enemigo que os oprime, tocaréis las trompetas a clamoreo, así se acordará Yavé, vuestro Dios, de vosotros, y seréis liberados de vuestros enemigos” (Núm. 10,9).

Como decíamos, el *teruwa* no es una petición, ni un ruego, sino una aclamación gozosa y esperanzada que enardece los ánimos del pueblo y pone en fuga al enemigo. No es difícil hacer la trasposición de este grito de guerra de los hebreos a la alabanza del cristiano en sus luchas interiores en que “no luchamos contra la carne y la sangre, sino contra los poderes infernales” (Ef. 6, 12).

Aun desde un punto de vista psicológico es muy grande el efecto que puede producir en el momento de la batalla el grito de seguridad y confianza proferido por un ejército. Para este efecto psicológico el grito tiene que ser fuerte; no el grito de un pueblo que pide ayuda, sino el grito de un pueblo que está seguro de obtener la victoria. El grito que no expresa un mero deseo, una duda, sino la seguridad y la certeza más rotunda de la próxima vic-

toria. Ningún enemigo va a huir ante un grito vacilante, indeciso, débil. Ningún ejército se va a enardecer por un grito de duda; la duda hará más bien cundir el pánico y la inseguridad en las propias filas.

En referencia a la lucha interior del cristiano podría ser enormemente valiosa esta espiritualidad de la alabanza. Especialmente en la lucha contra todo tipo de opresión interior, de obsesiones, tristezas, desánimos. Cuando el poder de los enemigos se nos figura irresistible (cfr. Núm. 13, 28), y los problemas como “gigantes ante quienes nos sentimos como saltamontes” (Núm. 13, 33).

También una relectura de las guerras de Israel aplicadas a las batallas sociales en las que se ve comprometido el cristiano, puede dar mucho fruto. El Reino de los cielos sigue padeciendo violencia y solamente los violentos consiguen alcanzarlo (Mt. 11, 12). Ante el poder del enemigo en las estructuras sociales de pecado, las mafias del tráfico de drogas, las multinacionales de la pornografía, el capitalismo exacerbado, las injusticias sociales, el terrorismo, los regímenes opresores, la desintegración de la familia, ante tanto poder del mal en nuestra vida, hay momentos en que el corazón se siente desfallecer. Es en esta situación cuando en lugar de mirarnos a nosotros mismos, a nuestra debilidad o a la fuerza de las dificultades, hay que dirigir la mirada a Dios y comenzar a aclamarle con grandes voces por su bondad, su misericordia y su poder.

¡Cuántas veces ha sucedido en grupos de oración que uno llega al cabo de una jornada dura de trabajo, en la que en la oficina ha habido más tensión que de costumbre, o en la escuela los alumnos han estado más alborotados, o las facturas sin pagar se han almacenado en el despacho, o los disgustos familiares amenazan hundir el propio matrimonio, o hemos descubierto en la vida de los hijos algunos síntomas que nos intranquilizan, o la fuerza de la tentación nos ha arrastrado a alguna caída

que nos deprime...! Al llegar a la oración uno va absorto en los propios problemas y se encuentra incapaz de pensar en otra cosa que no sean las propias dificultades. Es en este momento cuando muchos han experimentado el poder de la alabanza.

Lo único que hay que hacer es volver la vista a Dios y, en lugar de poner los ojos en nosotros mismos, poner los ojos en él. Las personas que sienten vértigo al contemplar un abismo que se abre bajo sus pies, reciben el consejo de mirar hacia el cielo, en lugar de mirar hacia abajo. Y esta actitud es el principio de la alabanza: “A ti levanto mis ojos, a ti que habitas en el cielo” (Sal. 123, 1).

Condición indispensable para este tipo de alabanza es dejar al comienzo de nuestra oración los propios problemas. Algo así como los musulmanes dejan sus sandalias a la puerta de la mezquita y se descalzan para entrar en oración. Al entrar en la oración dejando a la puerta los problemas que me acosan, entro ante la presencia del Dios de bondad para contemplar su rostro.

Por eso es normal que en los grupos de oración de la Renovación carismática la oración de petición se deje para el final, y se comience por la alabanza. Esta práctica corresponde a una sana psicología. Normalmente ante la presencia del mal en nuestra vida nos cerramos sobre él, nos obsesionamos con él. Si en una pared blanca hay una mancha y ponemos el ojo pegado a ella, todo lo vemos negro. Pero si nos alejamos un poco y tomamos una cierta perspectiva, veremos mejor la realidad. Y la realidad no es una inmensa mancha negra, sino una gran pared blanca con una pequeña mancha negra.

Esto es precisamente lo que hacemos en la alabanza. Distanciarnos de nuestros problemas, tomar perspectiva, mirar primero a la belleza de la realidad global que nos rodea y la belleza de Dios. “El es nuestra hermosura” (Is. 60, 19). Luego, después ya podremos enfocar ese problema concreto a la luz de la realidad global y tratar de

analizarlo y de presentarlo ante Dios en la oración. Por eso en cualquier oración de intercesión, antes de pedir por lo que falta hay que empezar dando gracias por lo que ya se tiene.

¡Cuántas veces hemos experimentado que el terminar la alabanza y salir a enfrentarnos con nuestros problemas, ellos solos han desaparecido, como las sombras ante la luz! “Serán como nada y perecerán los que te buscaban querella. Los buscarás y no los encontrarás a los que disputaban contigo. Serán como nada y nulidad los que te hacen guerra” (Is. 41, 11-12).

II

LA ALABANZA ES VIVIR EN LA VERDAD

Ante lo dicho en el capítulo anterior alguno podría pensar que todo es sugestión. La alabanza sería ponerme unos lentes color de rosa para ver toda la realidad engañosamente embellecida. Si esto fuera así, la alabanza sería una droga, una evasión, un analgésico, que nos proporcionaría en los ratos de oración alivio a los dolores, un paréntesis en el sufrimiento, pero en ningún caso una solución eficaz a esos problemas.

Nada más lejos de la verdad. Precisamente la alabanza es vivir en la verdad. Es tratar de ser consecuentes con la fe que profesan nuestros labios. Es hacer llegar hasta el nivel de la sensibilidad el credo de nuestra fe. Aplicar a los problemas de cada día la gran verdad: "Creo en Dios Padre Todopoderoso... Creo que Jesús resucitó al tercer día". En definitiva creo en el triunfo final del bien sobre el mal. Creo que Cristo ha triunfado sobre los enemigos.

Lanzar el grito de aclamación es reconocer por anticipado la victoria de Cristo sobre cualquier circunstancia concreta; es hacer un profundo acto de fe que no se instala sobre las apariencias engañosas, ni sobre los sentimientos cambiables, ni sobre los estados de ánimo, sino sobre la verdad de la fe.

Alabar a Dios en medio de las dificultades no es suggestionarse; es más bien desuggestionarse. Pensemos en un caso de hipnosis. Por un proceso hipnótico puedo llegar a conseguir que una persona se sugestione de que hace mucho frío, aunque la temperatura ambiental sea de 30°.

¿Qué es sugestión? Experimentar una temperatura distinta de la que en realidad marca el termómetro; una falta de objetividad, de verdad.

En cambio si yo me encuentro a una persona en mitad del verano tiritando porque está sugestionada de que tiene mucho frío, y trato de convencerle de que hace mucho calor, no le estoy sugestionando, sino más bien le estoy desugestionando, quitándole la sugestión engañosa de que hace frío.

Volvamos al caso que nos ocupa. ¿Cuál es la verdad y cuál es la sugestión? ¿Me estoy sugestionando cuando en la alabanza reconozco el poder y la victoria de Dios sobre mis dificultades? Más bien ¿no será la sugestión el sentir miedo, el descorazonarme, el dejarme vencer por la depresión?

¿Qué es la alabanza: soñar despierto en un paraíso maravilloso, pero falso? ¿No será más bien lo contrario: despertar de una horrible pesadilla?

Los Salmos describen maravillosamente esta situación espiritual del temor ante las dificultades que tantas veces experimentamos. “Las aguas me llegan hasta el cuello. Me hundo en el cieno del abismo, sin poder hacer pie. He llegado hasta el fondo de las aguas y las olas me anegan (Sal. 69, 1-4). Estoy sin fuerzas..., mis huesos están desmoronados” (Sal. 6, 3). “Mis culpas sobrepasan mi cabeza, como un peso hartado grave para mí... Encorvado, abatido totalmente, sombrío ando todo el día... Me traquetea el corazón, las fuerzas me abandonan y la luz misma de mis ojos me falta” (Sal. 38, 5. 7. 11). “Mi vida está al borde del abismo... Cerrado estoy y sin salida, mis ojos se consumen por la pena” (Sal. 88, 4-5). “Me has echado en lo profundo de la fosa, en las tinieblas, en los abismos” (Sal. 88, 7).

Con estas muestras basta para describir una situación interior que muchas veces habremos sentido. Maravillosamente los Salmos han ido describiendo muchos de los com-

ponentes psicológicos de este cuadro: *No hacer pie* (inseguridad, inestabilidad); *ahogo* (agobio por la dificultad para respirar, angustia); *debilidad* (falta de fuerzas y energía, sensación general de desfallecimiento); *estar abrumado* (sensación de peso excesivo sobre la espalda que nos hace *encorvarnos*); *oscuridad* (la luz misma de los ojos nos falta); *desmoronamiento* (sensación de derrumbamiento interior, de deterioro progresivo, de decadencia); *culpabilidad* (rechazo propio, asco de uno mismo, hedor); *miedo* ante el futuro que llega a reflejarse en el mismo cuerpo (traqueteo, rodillas vacilantes); y por encima de todo la sensación de estar “*cerrado y sin salida*”, no ver ni el más pequeño agujero por donde encontrar la escapatoria.

En situaciones como éstas la alabanza a Dios puede producir una liberación interior. Hay que reconocer que todos esos sentimientos no son la verdad de mi vida, que son una pesadilla, y anhelar el momento de despertar, para oír la voz cercana del Padre que ahuyenta todos los fantasmas, la luz del sol que pone en fuga todas las tinieblas de la noche. Alabar a Dios no es soñar en un paraíso artificial, es despertar a la realidad tras una mala pesadilla.

Peter Berger nos habla de esta experiencia de la pesadilla como una de las maneras de llegar a la fe en un orden trascendente. “El niño aterrorizado ante el incipiente caos llama a su madre..., invocada como sacerdotisa del orden protector. Ella cogerá al niño en sus brazos, lo acunará. Se acercará a una lámpara que rodeará la escena con su brillo cálido de tranquilizadora luz. Hablará o le cantará al niño y sus frases serán invariablemente las mismas: ‘No tengas miedo, todo está en orden, todo está bien’. El niño se tranquilizará, recuperará la confianza en la realidad y volverá a dormir”. Pues bien, de esta pequeña viñeta de validez universal, Berger busca un argumento para probar que la realidad última es *orden*, es el amor y no el terror, la luz y no la oscuridad. La madre no miente al niño, no le sugestiona, sino que le hace recuperar

la *confianza en el ser*. “El papel paterno no descansa en una mentira piadosa. Por el contrario, constituye un testimonio de la más profunda verdad de la situación real del hombre”¹.

Esto que expone en su propio lenguaje el gran sociólogo es lo mismo que la Biblia trata de expresar en su lenguaje religioso. La alabanza a Dios ejerce la función de “recuperar la confianza en el ser” y de volvernos a fundar en la verdad del orden trascendente. No es la sugestión, sino “la verdad, la que nos libera” (Jn. 8, 32).

El principal atributo que Jesús aplica a Satanás es el de ser “mentiroso y padre de la mentira” (Jn. 8, 44). Su primera actividad para lograr nuestra ruina es precisamente sugerir, insinuar dentro del corazón una mentira. ¿Qué son los complejos sino mentiras? Falsas apreciaciones, engaños sobre nosotros mismos, falsos enfoques y análisis de la realidad, visiones negativas y destructivas de uno mismo, falsa conciencia de que “yo no estoy bien o tú no estás bien”, imágenes distorsionadas de un Dios rencoroso o indiferente... Con estas mentiras se va tejiendo la tela de araña que nos va atrapando y nos deja “cerrados y sin salida”. Sólo la verdad nos libera con la alabanza del poder, la bondad y el amor de Dios, “Dad gracias a Yavé porque es bueno, porque es eterno su amor... El solo hizo maravillas, porque es eterno su amor... En nuestra humillación se acordó de nosotros, porque es eterno su amor. Y nos libró de nuestros adversarios, porque es eterno su amor” (Sal. 136).

Una señora de nuestro grupo de oración recibió, mientras estaba en el grupo, la noticia de que su hermano había muerto en un accidente de automóvil. Escuchemos cómo ella misma nos relata su experiencia.

“Acudí al grupo de oración como todos los viernes. La sala donde estábamos estaba repleta. Los días largos de fi-

¹ P. Berger, *Rumor de Angeles*, Barcelona, 1975. p.104.

nales de verano permitían la entrada de la luz del sol a la hora última de la tarde. Se respiraba alegría, ambiente de fiesta.

“Comenzó la oración. Una fuerte corriente impulsaba al grupo a la alabanza, como si el Espíritu hiciera brotar en cada corazón un torrente incontenible.

“Mientras escribo esto me recuerdo a mí misma. Incluso el sitio donde estaba sentada. Un sentimiento indefinido iba apoderándose de mi ser, a medida que me iba adentrando en la oración. Me sentía sin saber por qué abrumada por la presencia del dolor en el mundo. Quería orar desde ahí pero me encontraba incapacitada para unirme al grupo y conjugar la alabanza con el sufrimiento.

“Y cuando la comunidad entonó el *Alabaré*, me fue imposible pronunciar una sola palabra de aquel canto. Así, muda, permanecí el resto del tiempo.

“Fue al terminar la oración cuando recibí el aviso urgente de mi casa de que regresara, porque mis hermanos habían tenido un accidente de coche.

“En el hospital confirmamos la noticia de la muerte de mi hermano. Dejaba cinco niños y una familia feliz, rota. Pasé la noche al lado de mi cuñada malherida. Había que ocultarle que mi hermano había muerto. Y es verdaderamente espantoso sufrir, sin poder dar rienda suelta al dolor que te ahoga.

“Mi cuñada tenía muchas heridas en la cara, que le abrasaban. Alguien a mi lado dijo: ‘¡Abanícale!’ y sacó de su bolso un papel para que yo lo hiciera. Me dejó sola. Lo desdoblé lentamente. Estaba escrito y contenía la letra de un canto. Era el *Alabaré*.

“Lo leí desde el principio al final y mientras lo hacía, me di cuenta de que estaba alabando al Señor desde el sufrimiento más profundo.

“Cerca de mí en aquella misma sala de urgencias, las enfermeras corrían de un lado a otro...; un enfermo moría a pocos metros.

“Yo, sin apartar los ojos de aquel papel, seguía leyendo: Alabaré a mi Señor”.

“Vemos que esta palabra bastó para devolverle la *confianza en el ser*. La alabanza había abierto un camino en una situación “cerrada y sin salida”.

Pero es precisamente es esos momentos cuando la alabanza resulta más difícil y más penosa. Fácilmente cedemos a la tentación de lamentarnos, de tener pena por nosotros mismos, de un cierto placer masoquista en regodearnos de nuestro propio abatimiento. Y no hay nada en el fondo tan destructivo como esta autocomplacencia en lo imposible de una situación.

Es entonces preciso empezar, aunque sólo sea tímidamente, a alabar al Señor por su presencia en medio de esa situación. Violentar los labios para que comiencen a musitar una alabanza, aunque en un principio el corazón no la sienta, aunque pueda aparecer una hipocresía. La alabanza a Dios se encuentra encerrada, como las aguas apresadas por un gran dique. Pero bastan unas pequeñas grietas en el dique para que empiece a filtrarse el agua, esas pequeñas filtraciones van erosionando la piedra y agrandando el boquete, hasta que la presa se rompe y las aguas se precipitan. Igualmente, si empezamos a dejar filtrar gota a gota la alabanza represada en nuestro interior, poco a poco se irá liberando hasta que llegue a romper las barreras y a desbordarse en nosotros.

Y aun en esas circunstancias en que la alabanza parece como una fuente seca, hay que consolarse pensando en que la situación es pasajera. Recuerdo un universitario de mi grupo de oración, que en medio de una situación difícil se consolaba repitiendo: “Alabaré a mi Señor”, así, en futuro. Aunque ahora no lo puedo alabar, sé que volveré a alabarlo pronto. Es el mismo sentimiento del Salmo: “Espera en Dios que volverás a alabarlo, salud de mi rostro y Dios mío” (Sal. 42, 12).

El Salmo 42 recoge perfectamente esta situación a la que nos referimos. El autor se siente “acosado”, “sombrio”, “oprimido”, “desfallecido”, “agitado”, “anegado”, “quebrantado”, “lloroso”. No sabe dar respuesta a los que se ríen de él preguntándole: “¿Dónde está tu Dios?”. ¡Cuántas veces no encontramos respuesta a esta pregunta! ¿Habrà sido todo una fantasía? ¿Serà todo imaginación? ¿Dónde está tu Dios?

En ese momento uno recuerda con nostalgia los momentos felices del pasado, las liturgias de fiesta, las grandes asambleas carismáticas, “cuando marchaba a la Casa de Dios entre los gritos de júbilo y alabanza, entre el gentío festivo”. ¿Habrà sido todo aquello un sueño maravilloso, pero falso?

Y la única respuesta nos dice: “¿Por qué estás afligida, alma mía, y te inquietas dentro de mí? Espera en Dios que volverás a alabarlo”.

En realidad, cuando todo ha pasado, ¡cuántas veces experimentamos que los temores que nos asaltaban no eran reales! La mayor parte de nuestras preocupaciones son por el futuro, por cosas que no sabemos si sucederán o no. ¡Cuántas veces nos ha sucedido el sufrir anticipado algo que después no ha llegado a realizarse! Esos males futuros que tememos, pero que todavía no existen, no tienen ningún derecho a enturbiar nuestro presente. Del mismo modo, otras muchas de las cosas que ahora nos intranquilizan —culpabilidades, reproches estériles— pertenecen a un pasado que ha dejado de existir. El budismo Zen enseña que la fuente de la felicidad es vivir el aquí y el ahora, vivirlos intensamente, dejando a un lado el pasado y el futuro. Este es el mismo pensamiento de Jesús: vivir el *Hoy de Dios*, buscar el pan de hoy sin preocuparnos por el de mañana. “Bástale a cada día su propia malicia” (Mt. 6, 34).

Ninguna situación puede ser tan opresiva que impida nuestra alabanza o bloquee nuestra liberación interior.

Vemos a Pablo y Silas en Filipos. Tras sus trabajos de predicación han sido arrojados en la cárcel, después de haber sido azotados. Sus espaldas son una pura llaga. En lugar de encontrar cama blanda y ropa limpia, son arrojados sobre las piedras enmohecidas del calabozo. Sus llagas se rozan en las piedras, sus pies están en el cepo y ¿qué sucede? Podríamos esperar que aquella noche hubiese sido un continuo alarido de dolor, un “ay” permanente. Pues no; los Hechos nos cuentan que los presos llegaron a la medianoche cantando y los otros presos les escuchaban alucinados (cfr. Hech. 16, 25). Probablemente entonaban esos “cánticos inspirados” (Col. 3, 16), que son cantos en lenguas, con una melodía bellísima pero sin palabras articuladas.

Y tiene lugar la liberación. “De repente se produjo un terremoto tan fuerte que los mismos cimientos de la cárcel se conmovieron” (Hech. 16, 26-27). Al momento quedaron abiertas todas las puertas y se soltaron las cadenas de todos.

Tal es la fuerza liberadora de la alabanza, como ya nos lo había anunciado el libro de los Números: “Tocaréis las trompetas a clamoreo y seréis librados de vuestros enemigos” (Núm. 10, 9).

Pero para experimentar esta fuerza de Dios en nuestro grito de alabanza hace falta haber experimentado primero nuestra propia debilidad. Es el ejército de los débiles el que aclama “la victoria de nuestro Dios”. “¡Gracias sean dadas a Dios que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo!” (1 Cor. 15, 57). Ante la potencia del adversario, “clamaron mis humildes y ellos temieron, alzaron su voz éstos y aquéllos se dieron a la fuga” (Jdt. 16, 11).

III

LA LITURGIA DE ISRAEL Y NUESTRA LITURGIA

El *teruwa*² o grito de guerra de los hebreos fue posteriormente trasladado al templo como aclamación de la presencia de Dios en su santuario y especialmente “en el arca de su poder”. Parece que inicialmente el rito del *teruwa* estaba asociado a la presencia del arca de la alianza que era llevada a las filas del ejército por los sacerdotes. Todo el ejército saludaba al arca con el grito de aclamación: “Cuando el arca de Yavé llegó al campamento, todos los israelitas lanzaron un gran clamor que hizo retemblar la tierra” (1 Sam. 4, 5).

Si recordamos que el arca era el símbolo de la presencia de Dios en medio de su pueblo, de la presencia salvadora de la gloria de Yavé, podremos comprender que lo que se está aclamando es la garantía de victoria que encierra esa presencia.

Más tarde, cuando el pueblo se asienta ya en Canaán, y después de construirse el templo de Salomón, el arca queda ya establemente guardada en el templo y nunca será sacada al frente de batalla.

A partir de entonces el grito del *teruwa* pasa de ser un grito de guerra a ser un grito festivo litúrgico en las grandes procesiones del Templo. Este es el sentido principal que tiene en los llamados Salmos de aclamación, designados para especiales ceremonias en torno al arca del Señor.

² Para todo lo referente al *teruwa* me he inspirado en el libro de P. Hinnenbusch, O.P., *Praise a way of life*, Ann Arbor, 1976.

A este grito litúrgico es al que se refieren principalmente los Salmos cada vez que aparece en ellos la expresión “aclamar”, “aclamación”. “¡Gritad de júbilo, justos, por Yavé, de los rectos es propia la alabanza! Dad gracias a Yavé con la cítara, salmodiad para él con el arpa de diez cuerdas, cantadle un cantar nuevo, tocad la mejor música en la *aclamación*” (Sal. 33, 1-3).

Encontramos en esta liturgia del templo todos los elementos del *teruwa*: el júbilo, el ruido, la alabanza y el sonido de los instrumentos. También se cita la trompeta como parte esencial del grito del *teruwa*: “Gritad de gozo a Dios nuestra fuerza, aclamad al Dios de Jacob. Entonad la salmodia, tocad el tamboril, la melodiosa cítara y el arpa, tocad la trompeta al nuevo mes, a la luna llena, el día de nuestra fiesta” (Sal. 81, 3-4). El esquema es el mismo que el del libro de los Números. El sonido de las trompetas evoca en el pueblo un grito clamoroso de alabanza al Señor. “En su templo un grito unánime: ¡Gloria!” (Sal. 29, 9).

Este rito de aclamación estaba prescrito para días especiales, como por ejemplo la fiesta de otoño que marcaba el día primero del año, también llamada la “fiesta de los clamores” (Núm. 29, 1), y en las fiestas de la luna, en los sacrificios de acción de gracias y en las liturgias procesionales: “Venid, cantemos gozosos a Yavé, aclamemos a la Roca de nuestra salvación; con acciones de gracias vayamos ante él, aclamémosle con salmos” (Sal. 95, 1-2).

En cualquier caso, aunque no conozcamos con precisión el ritual que acompañaba a esta liturgia de alabanza, sí sabemos que era una ceremonia bellísima, que llenaba el alma de los fieles de una gran alegría y una paz profunda. “¡Qué bueno es alabarte, Señor, y cantar a tu nombre!” (Sal. 92, 1). “Alabad al Señor, que la música es buena y dulce la alabanza” (Sal. 147, 1). La belleza de esta alabanza llena el corazón de felicidad y hace envidiar la suerte de los sacerdotes que pueden asistir todos los días

a la liturgia: “Felices los que viven en tu casa, porque te están siempre alabando” (Sal. 84, 5), y envidiar la suerte de los gorriones que han puesto en los aleros su morada permanente. Este firme deseo de encontrarse en el templo para participar en la liturgia de alabanza da fuerzas a los peregrinos que se dirigen a Jerusalén. “Anhela mi alma y languidece tras de los atrios de Yavé; mi corazón y mi carne gritan de alegría por el Dios vivo” (v. 3).

La experiencia de paz y de gozo llevaban, pues, al salmista a desear vivir allí para siempre: “Una cosa he pedido a Yavé, una cosa estoy buscando: morar en la casa de Yavé todos los días de mi vida, para gustar la dulzura de Yavé y cuidar de su templo” (Sal. 27, 4).

Si comparamos todo esto con muchas de nuestras liturgias actuales de la Iglesia, monótonas, aburridas, sin participación, en que la gente se encuentra rígida, sin atreverse a cantar, a expresarse, a mover su cuerpo, a darse la paz cariñosamente, si comparamos ambas cosas nos daremos cuenta de la necesidad de revitalizar la alabanza litúrgica en las mismas líneas maestras de inspiración bíblica.

En el templo de Jerusalén se alababa al Señor de una manera muy expresiva, con el gesto, con la música y el canto, con los instrumentos, con la danza. El hombre entero, cuerpo y alma, se sumergía con todos sus sentidos en el gozo de su Señor.

Se trataba de una liturgia muy ruidosa que podía llegar a recordar los mugidos del mar o el estruendo de los ríos. El batir de palmas era un gesto habitual: “Todos los pueblos batid palmas, aclamad a Dios con gritos de júbilo” (Sal. 47, 1). Estas palmas eran el reflejo de todo el ruido de la creación que aclamaba al Señor: “Resuene el mar y cuanto contiene, la tierra y todos los que habitan en ella. Aplaudan los ríos, aclamen los montes...” (Sal. 98, 7-8).

En cuanto a la expresión del cuerpo y sus gestos en la oración dedicaremos más adelante un capítulo completo. Otra pieza absolutamente clave de la alabanza era la música. Los instrumentos y los cantores tenían un lugar muy importante en el templo. Impresiona el número tan variado de instrumentos que se usaban en la liturgia: trompeta, lira, arpa, tambores, cítaras, címbalos (Sal. 150, 3-5), panderetas y castañuelas (2 Sam. 6,5). En las procesiones iban primero los cantores, luego las doncellas con las panderetas y detrás los músicos con los instrumentos.

Pero para que toda esta alabanza resuene, más que instrumentos hace falta que algo se rompa en el corazón del hombre. Para que explote el canto sin inhibiciones, hace falta un estallido: “Estallad, gritad de gozo y salmodiad” (Sal. 98, 4). Estallar como estalla el cohete de los fuegos artificiales, produciendo un abanico de luz y color en la negrura de la noche. Como estalla y revienta una presa, desbordando el agua retenida, en una avalancha arrolladora. No puede haber perfecta alabanza mientras algo dentro de nosotros no se haya roto; algo que nos oprimía, que nos coartaba en nuestro interior: timidez, miedo, respetos humanos, comedimientos, rigideces, estructuras, convencionalismos, apocamientos...

Cuando oímos hablar de personas que han tenido esa experiencia que llamamos “efusión del Espíritu” y han sentido una poderosa liberación interior como una oleada irresistible que se abría paso, arrastrando todas las barreras y trabas, como “torrentes de agua viva” (Jn. 7, 38), podemos comprender lo que sería esta experiencia de algo que *estalla* en lo más interior del ser. “Exulta sin freno”, dice el profeta Zacarías (9, 9), sabiendo que tenemos muchos frenos interiores que impiden nuestro exultar.

IV

LA ALABANZA DE LA VIDA

Cuando Pablo, escribiendo a los efesios, les dice que “hemos sido creados para alabanza de su gloria” (1, 12), ños está dando el sentido último de nuestra vida, la razón y la explicación más profunda a nuestra pregunta sobre el porqué existimos. Pero obviamente no se está refiriendo sólo al ratito de laudes que rezo por la mañana, o a los ratos en que me acuerdo de Dios durante el día para cantar su grandeza. Se está refiriendo a la vida entera, sueño y vigilia, trabajo y descanso, amor y servicio, acción y oración, diversión y sufrimiento. Es toda mi vida la que es alabanza del Padre en Jesús su Hijo, y no solamente unos ratos fijos cada día.

Dice san Agustín en su comentario al Salmo 146: “Mientras cantas tienes que hacer alguna pausa; pero con tu vida debes cantar de manera que no hagas ninguna pausa”³. La vida es un canto ininterrumpido a la gloria de Dios.

Entrando en armonía con el universo nos convertimos en un instrumento más de esa maravillosa orquesta sinfónica que interpreta la música de la creación. Todo lo que existe canta sin voces ni palabras. “No es un mensaje, no hay palabras, ni su voz se puede oír; mas a toda la tierra alcanza su pregón” (Sal. 19, 4-5).

“Cantad con vuestra voz, con vuestra boca, con vuestro corazón, cantad con vuestra conducta recta. Que su

³ S. Agustín, PL 38, 211.

alabanza resuena en la asamblea de los santos". El mismo cantor es la alabanza que debe entonarse. ¿Quieres alabar a Dios? Tú eres su alabanza si vives rectamente.

Y dice también Tagore: "Cuando estén afinadas, Maestro mío, todas las cuerdas de mi alma, cada vez que tú las toques, cantarán amor". La persona humana se compara a un instrumento bien afinado. Al pasar por ella el soplo del Espíritu de Jesús, vibran las cuerdas, produciendo una armonía bellísima a los oídos de Dios y a los oídos de los hombres.

¿Y cuándo están afinadas las cuerdas? Cuando hay orden dentro de mí, cuando la paz de Jesús ha invadido mi ser, y me siento unificado interiormente. Cuando no vivo fluctuando en la superficie de mis caprichos, mis estados de ánimo, mis arbitrariedades, mis nervios, mi agresividad, mis impulsos ciegos, mi egocentrismo. Cuando estoy en sintonía con el amor de Jesús y tengo mi vida centrada e integrada en torno a su amor.

Por eso la melodía nace no tanto de los labios como del corazón. Sin melodía del corazón, la alabanza se convierte en una hipocresía. "Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de mí" (Mt. 15, 8). "Para entonar un canto nuevo, hace falta un corazón nuevo, renovado por la gracia", dice san Agustín en su comentario al salmo 33.

La alabanza del corazón es por tanto fruto de un corazón unificado en el amor de Cristo. Sólo cuando desde la dispersión hemos pasado a la unidad interior, están afinadas todas las cuerdas y el corazón está a punto para cantar: "A punto está mi corazón, oh Dios, voy a cantar, voy a salmodiar" (Sal. 108, 2). Entonces todas nuestras obras son alabanza: "Todo cuanto hagáis de palabra y de obra hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias por su medio a Dios Padre" (Col. 3, 17).

Y solamente cuando nuestro corazón está unificado interiormente podemos unificarnos con nuestros herma-

nos y con toda la creación. Solamente cuando estemos en el amor podremos captar todo el amor que existe en el universo; solamente cuando tengamos el gozo del Señor podremos descubrir y sintonizar el gozo de la creación.

“Dice sobre el puente el amigo al amigo: Contempla la alegría de los peces en el río. Mas el otro replica: ¿Cómo tú, no-peze, conoces la alegría de los peces en el río? El le responde: Por mi alegría sobre el puente”⁴.

Para descubrir la belleza de fuera hace falta haber descubierto la de dentro. Como dice un proverbio inglés: “La belleza está en el ojo de quien contempla”.

Vivir la alabanza es pasar por el mundo descubriendo la belleza de cuanto nos rodea. Es creer que el amor triunfa sobre el odio; es creer que en la tragedia horrible del hombre más destrozado por la vida brilla un rayo de luz infinitamente bello, que es un reflejo de Dios.

Lo contrario de vivir en alabanza es vivir en la crítica. Hay personas que pasan por la vida observando todo lo negativo que hay a su alrededor. Y curiosamente estas personas tan negativas piensan que su criticismo es algo digno de aprecio. Se glorían de él. Se consideran objetivas, perpicaces, lúcidas. Su mirada es tan aguda que descubre hasta la más mínima imperfección por oculta que esté.

Muchas veces me he preguntado: ¿Será verdad? ¿Será verdad que las personas negativas son más objetivas que las personas benevolentes? ¿Quién se equivoca: la mirada fría, objetiva, acerada, o más bien la mirada llena de amor, de simpatía?

Para algunos hay que estar desapasionado para poder ser objetivo. Para mí sólo los apasionados llegan a captar la verdad profunda. Hay verdades que se ocultan a la mirada del que no ama. Ya decía Ortega que el amor

⁴ Citado por Lanza del Vasto, *Umbral de la vida interior*, Salamanca 1978, p.26.

es como el zahorí que descubre profundidades de agua ocultas a una mirada "normal". El amor da incisividad, agudeza y penetración a nuestra mirada, para descubrir debajo de un desierto estéril las venas de agua oculta que pueden convertirlo en un vergel. El amor añade un extra de sensibilidad, una clarividencia desconocida. Por eso el que ha aprendido a amar vive descubriendo la belleza oculta que hay a su alrededor, sintonizando con ella por su propia "alegría sobre el puente", y alabando en todo a su Creador.

Pero para poder vivir así hace falta previamente una maravillosa obra de sanación interior. Para pasar por el mundo mirando el bien hace falta que previamente Jesús nos haya limpiado. Para captar la alegría de los peces, hay que estar alegre sobre el puente.

"Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios" (Mt. 5,8). Solamente la mirada limpia puede captar la huella y el reflejo de Dios. La mirada cargada de rencor, de amargura, de tristeza, de negativismo, esparce a su alrededor una sombra oscura que empaña el resplandor natural de todo lo creado. Todo lo ven negro, porque proyectan sobre todas las cosas su propia sombra, su propia oscuridad.

Son como cuerpos opacos que no dejan pasar la luz, sino que se presentan como una barrera entre la luz de Dios y su creación, interponiendo entre ambos su mirada triste y negativa.

Pero si el Señor limpia nuestro cristal y nos hace diáfanos, resplandecientes, todo nuestro alrededor quedará iluminado, porque la luz de Dios nos atravesará y transfigurará nuestro entorno ante nuestros propios ojos. Entonces todo reverberará, como la gota de agua suspendida de una brizna de hierba, que se convierte en un prisma mágico al ser herida por la luz del sol. "Arriba, resplandece, que ha llegado tu luz..., sobre ti amanece Yavé... Caminarán las naciones a tu luz... Te pondrás radiante y se ensanchará tu corazón" (Is. 60, 1-3.5).

¿Cómo se realiza esta sanación? ¿Cómo se limpia nuestro cristal para que a través de él se proyecte luz de Dios? Es una experiencia maravillosa y transformante. Es la experiencia de sentirse por un momento hermoso y precioso a los ojos de Dios, con una belleza que no depende de nuestras obras y que nuestros defectos no son capaces de destruir. Es sentirse amado gratuitamente por aquel que “nos amó primero” (1 Jn. 4, 19), “cuando todavía éramos pecadores” (Rom. 5, 8). Este sentimiento radical de ser amado es lo que algunos psicólogos definen como la experiencia de “yo estoy bien”, un estar bien fundamental al resto de las vivencias.

En repetidas ocasiones la Biblia presenta como fruto del amor del esposo la hermosura de la esposa. No es tanto que Dios ame a su esposa porque sea bella, sino que es el amor de Dios el que la embellece. No es que Dios nos ame porque seamos buenos, sino que somos buenos porque Dios nos ama gratuitamente en Cristo. El se entregó por su esposa “para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente ante sí mismo, sin que tenga mancha ni arruga, ni nada semejante, sino que sea santa e inmaculada” (Ef. 5, 26-27).

A veces cuesta un acto de fe el reconocer que a los ojos de Dios somos valiosos, acogiendo la palabra: “Eres precioso a mis ojos, eres estimado y yo te amo” (Is. 43, 4). A veces cuesta más creer en la palabra de Dios que nos dice: “En Cristo hemos sido escogidos para ser santos y sin mancha” (Ef. 1, 4), que a la palabra humana que nos descubre toda nuestra miseria y nuestra fealdad. Es difícil creer que para Dios seamos como la esposa del Cantar: “Toda hermosa eres, amor mío, y sin ningún defecto” (Cant. 4, 7). Y, sin embargo, necesitamos creerlo, porque es la verdad. La experiencia más purificadora es la de sentirnos puros, y la experiencia más embellecedora es la de sentirnos bellos ante los ojos de quien nos ama.

¡Cómo cambiaría nuestra vida si en lugar de andar con un sentimiento continuo de desprecio propio y de reproches estériles, nos dejásemos decir por Dios todos los piropos que el esposo del Cantar dirige a la esposa!

Dejarse piropear por Dios es el comienzo de una nueva relación matrimonial, es acceder a las bodas y recibir todas las joyas que engalanan “a la esposa vestida con el manto de la salvación, envuelta en el manto de la integridad, adornada con sus joyas” (Is. 61, 10).

Al descubrir nuestra propia hermosura empezaremos a caminar descubriendo la hermosura del mundo y alabando a Dios en todo. Pero hay algo aún más profundo. El amor no sólo descubre bellezas ocultas a la mirada “crítica”, sino que las crea y las acrecienta. La mirada del amor hace pasar del no ser al ser. Hay miembros ateridos, entumecidos por el frío, por la indiferencia de los demás, que se encuentran atrofiados. Sólo al sentirse amados estos miembros pueden volver a la vida. Hay miles de posibilidades muertas en tantas personas “malvadas” o simplemente desgraciadas, que al toque del amor pueden volver a la vida. Sólo necesitan alguien que crea en ellos; una palabra de alabanza que estimule nervios atrofiados; sentirse por una vez limpios ante una mirada de benevolencia.

¡Cuántas personas han sido destruidas por la crítica! El sentir el desprecio de los demás ha llevado a muchos a despreciarse a sí mismos. El hielo del desprecio ha llegado a aterir sus miembros. Y solamente el aprecio mostrado por palabras cálidas de alabanza podrán devolverle la vida y la esperanza.

“Apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno” (Lc. 1, 44). La voz acariciante de María en su saludo puede hacer hoy estremecerse desde lo más íntimo a tantas personas que nunca se han sentido acogidas, apreciadas, reconocidas, y hacer saltar de gozo interiormente esa criatura que aún no ha na-

cido, esas posibilidades de nuestro ser que no han tenido aún la posibilidad de abrirse y desarrollarse.

Los psicólogos modernos dan mucha importancia a las caricias como manera de hacer llegar a la madurez afectiva. En su opinión un niño muy acariciado lleva un buen camino para ser un hombre feliz. Por el contrario, los niños desprovistos de la estimulación de las caricias son niños retraídos, agresivos, sin capacidad de afecto.

Hay personas muy acariciantes que pasan por la vida con palabras y gestos amables que equivalen a caricias. Un saludo cariñoso, un regalo, un recuerdo, una carta, una felicitación de cumpleaños, una palabra de alabanza a la manera de vestir, al peinado, a la charla del profesor, a los exámenes, son siempre estímulos que inyectan alegría, optimismo y deseo de vivir.

Vivir la espiritualidad de la alabanza es pasar así por la vida: ser zahoríes de la belleza y la bondad oculta, que saben descubrirla en todas las situaciones por más escondida que parezca. Y descubriéndola hacerla aflorar y convertir el desierto en un jardín.

Recuerdo la rima de Bécquer:

“Del salón en el ángulo oscuro
de su dueño tal vez olvidada,
silenciosa y cubierta de polvo
veíase el arpa.

¡Cuánta nota yacía en su seno
como el pájaro duerme en la rama,
esperando la mano de nieve
que sepa arrancarla!”

Hay melodías maravillosas inéditas en toda la creación y en cada hombre esperando una mano que sepa acariciar esas cuerdas dormidas, llamarlas a la vida y hacerlas cobrar armonía. Vivir en alabanza es vivir como una continua llamada a la vida y a la “confianza en el ser”.

V

EL CULTO EN EL ESPIRITU

En la conversación de Jesús con la samaritana, preguntaba ésta dónde había que adorar a Dios, si en un templo o en otro. Jesús le abre el corazón a la nueva realidad del templo espiritual y del culto espiritual: “Creéme, mujer, que llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre... Llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es Espíritu y los que adoran deben adorar en espíritu y verdad” (Jn. 4, 21-24).

En un capítulo anterior nos hemos referido a la liturgia de alabanza en el templo de Jerusalén y cómo llenaba de gozo a cuantos participaban en ella.

Aquel templo de piedra representaba el lugar de reposo de la gloria de Dios y el lugar del encuentro de Dios con su pueblo. Simbolizaba ya desde un principio la cercanía de Dios: “¿Qué nación hay que tenga dioses tan cercanos?” (Deut. 4, 7).

Ya la sencilla tienda de campaña de los años del desierto se llamaba “Tienda de la Reunión”, el lugar donde un Dios cercano se reunía con su pueblo y recibía sus alabanzas y sus súplicas.

Más tarde, cuando los hebreos se transforman de nómades en sedentarios, empiezan a habitar ciudades permanentes y la Tienda de la Reunión se transforma en el gigantesco templo de piedra de sólidas bases: el Templo de Salomón. “He consagrado esta casa que tú has cons-

truido. En ella pongo mi nombre por siempre. Mi corazón y mis ojos estarán allí siempre” (1 Rey. 9, 3). “Ahora y en el futuro he consagrado esta casa para que mi nombre esté allí siempre... Mis ojos están abiertos y mis oídos atentos a la oración que se haga en este lugar” (2 Crón. 7, 13-15).

Pero poco a poco comienzan los hebreos a comprender que la gloria de Dios no puede encerrarse en unas paredes de piedra. “Los cielos y los cielos de los cielos no pueden contenerte, ¡cuánto menos esta casa que he construido!” (1 Rey. 8, 27). Dios no acoge mecánicamente cualquier oración que se haga en el recinto del templo. Es más, el templo puede ser destruido si no corregimos nuestra conducta y nuestras acciones. “Corregid vuestra conducta y vuestras acciones y yo me quedaré con vosotros en este lugar. No os fiéis de las palabras engañosas de quienes dicen: ‘Este es el templo de Yavé’, ¡el templo de Yavé!” (Jer. 7, 3-4). Y al destruirse el primer Templo tras la conquista de Nabucodonosor se va espiritualizando este concepto para ver que el verdadero templo son los hombres humildes y contritos. “Mis ojos se dirigen hacia el hombre humilde de corazón, que se estremece ante mi palabra” (Is. 66, 1-2).

Este proceso de espiritualización de la idea del templo culmina en el Nuevo Testamento, en la teología que presenta a Jesús mismo como el Templo de la nueva alianza.

San Juan, quizá, es el que más ha desarrollado esta teología. Ya desde el principio, en el prólogo, nos dice que el Verbo ha puesto su *tienda*, su morada, entre nosotros en una referencia clarísima a la antigua Tienda de la Reunión, y “hemos visto su gloria” (Jn. 1, 14). La humanidad de Jesús es el nuevo santuario donde Dios habita entre los hombres. Dios se deja ver en medio de su pueblo. Hemos visto su gloria. Antes nadie podía ver a Dios y se-

guir viviendo (Ex. 33, 20). Pero ahora la humanidad de Jesús revela esa gloria y el resplandor de la divinidad.

En la entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén, Jesús procede a purificar el templo. Entonces, al expulsar a los mercaderes, Juan sitúa la profecía de Jesús: “Destruid este Templo y yo lo reedificaré en tres días”. Y añade Juan que Jesús se refería al Templo de su Cuerpo (Jn. 2, 19-21).

La reconstrucción del nuevo Templo hace alusión a su Humanidad resucitada en la que los hombres tienen acceso al Padre, el lugar donde tenemos “acceso al trono de gracia” (Heb. 4, 16).

El Templo de la nueva alianza ya no está aquí o allí, sino que está en todas partes, puesto que Jesús resucitado lo llena todo de su presencia. Al adorar en Espíritu y verdad estamos adorando desde el Templo que es Jesús, en comunión con su mismo Espíritu (cfr. Jn. 4, 23).

En el mismo momento de la muerte de Jesús se rompe el velo del Templo (Mt. 27, 51), para significar que el templo de piedra ya ha quedado vacío de la presencia de Dios. Todavía pasarán unos pocos años hasta su total destrucción a manos de los romanos, pero desde la resurrección de Jesús es algo ya inútil y vacío.

Las iglesias cristianas no son habitaciones de Dios, al estilo del Templo de Jerusalén o de los templos paganos. Son sencillamente lugar de reunión para los cristianos. La estructura de las primeras iglesias, las basílicas, no se inspira en los templos antiguos con sus cámaras secretas para hospedar al dios, sino en los lugares públicos donde se reunía la gente para la vida civil.

También en la teología de Lucas el Templo ocupa un lugar importante. Su evangelio comienza en Jerusalén con la liturgia de Zacarías en el templo de piedra. Es una liturgia que no puede llegar a completarse al quedar Zacarías mudo. Con ello se significa la imperfección del antiguo templo y el antiguo culto, que tendrán que ser reemplazados por Jesús.

En Lucas toda la vida de Jesús es un caminar hacia Jerusalén para poder realizar allí esa liturgia perfecta y eterna. Un primer viaje lo hace en brazos de su madre, cuando su primera presentación (Lc. 2, 22). Un segundo viaje lo hará a la edad de doce años. Por último toda su vida pública es un lento caminar hacia Jerusalén; al llegar finalmente al Templo, realiza allí la liturgia perfecta de su muerte, resurrección y ascensión al cielo. A partir de esa hora el mundo entero, penetrado por su presencia gloriosa, se convierte en un nuevo Templo. Los apóstoles, llenos del Espíritu, salen de Jerusalén para hacer del mundo entero un templo en el que habite la presencia y la fuerza de Jesús resucitado.

Ahora Dios no recibe nuestra alabanza aquí o allí, sino en todas partes, con tal que lo hagamos desde dentro de su Templo que es Jesús, es decir, como miembros de su Cuerpo. Los que son miembros de Cristo están permanentemente viviendo en su Templo y tienen continuo acceso a la presencia de Dios. Al estar en comunión con Cristo, el Espíritu ora en ellos (Rom. 8, 26) y el Padre no puede dejar de acoger esta alabanza que es la misma alabanza de su Hijo en nosotros.

La Iglesia con *I* mayúscula es Templo espiritual porque en ella habita el Espíritu de Dios (cfr. Ef. 2, 21-22). Cada uno de los cristianos es piedra viva en la medida en que es miembro de su Cuerpo (1 Cor. 12, 12). “Para que vosotros, sacerdocio real, ofrezcáis sacrificios espirituales que gracias a Jesús son aceptados por Dios, y lleguéis a ser piedras vivas de un templo espiritual” (1 Ped. 2, 5).

Somos templo en cuanto que en nosotros se celebra la liturgia sacrificial del amor y se renueva en nosotros la Pascua de muerte y resurrección. Esto nos hace consagrados y nos compromete a llevar una vida digna de consagrados, con una pureza ya no ritual, externa, sino con una pureza de corazón (1 Cor. 6, 19).

Decíamos que toda nuestra vida canta sin cesar, que toda nuestra vida transcurre dentro del templo. En el sacrificio de alabanza (sacrificio = consagración, dedicación exclusiva a Dios) toda la vida consagrada se convierte en alabanza. Ya no se trata de sacrificios de toros y corderos, sino de “hacer el bien y ayudarnos mutuamente”. “Ofrezcamos sin cesar, por medio de él, a Dios un sacrificio de alabanza, es decir el fruto de los labios que confiesan su nombre. No os olvidéis de hacer el bien y de ayudaros mutuamente; éstos son los sacrificios que agradan a Dios” (Heb. 13, 15-16).

En este texto ha quedado abolida la distinción entre sagrado y profano. Todo es sacrificio de alabanza; el hacer el bien y ayudar a los otros se ha convertido en algo sagrado que agrada a Dios, en víctima de suave aroma: “Vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma” (Ef. 5, 1). Vivir en el amor es vivir en el sacrificio de toda una vida consagrada, comprometida. Y esa vida consagrada produce un perfume suave, un aroma de alabanza que llega hasta Dios.

“Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios; tal será vuestro culto en el Espíritu” (Rom. 12, 1). Víctima viva, no muerta. Donde hay un corazón que vive en plenitud, allí hay un templo y una liturgia de alabanza.

Este fue el sueño de la vida de sor Isabel de la Trinidad. Sintió vivamente que el verdadero nombre que recibía de Dios era el de “alabanza de su gloria”. “Sólo cuando me haya identificado por entero con mi Señor crucificado, permaneciendo enteramente en él y él en mí, realizaré mi vocación eterna, para la que Dios me escogió desde un principio, y que habré de realizar en la eternidad, cuando inmersa en el seno de la Trinidad sea la incesante ‘alabanza de su gloria’”.

VI

LA ALABANZA DESDE LA POBREZA

De entre los cuatro evangelistas es Lucas el que da mayor importancia a la alabanza como parte del estilo de vida de los pobres. Especialmente en los dos primeros capítulos (evangelio de la infancia), Lucas nos presenta al “Resto de Israel”: un grupito de hombres y mujeres pobres, que siguen esperando en las promesas de Dios.

María, José, Zacarías, Isabel, Simeón, Ana, son parte de ese Israel que sigue siendo fiel, sobre quien reposan las promesas de Dios. Gente sin importancia a los ojos del mundo. Son los pobres de Yavé, de quienes había dicho el profeta Sofonías: “Yo dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, y en el nombre de Yavé se cobijará todo el resto de Israel” (Sof. 3, 12). Este pueblo de pobres en el mismo profeta Sofonías es pueblo de alabanza que “lanza gritos de gozo, lanza clamores, se alegra y exulta de todo corazón” (Sof. 3, 14).

También los pobres del Nuevo Testamento son pueblo de alabanza. Entre los que “aguardan la consolación de Israel” reseña Lucas los tres himnos de alabanza más bellos de todo el Nuevo Testamento: el *Benedictus* de Zacarías, el *Magnificat* de María y el *Nunc Dimittis* de Simeón. Cantan también de gozo los ángeles en el nacimiento y los pastores se vuelven “glorificando a Dios por todo lo que habían visto y oído” (Lc. 2, 20).

Ese mismo pueblo sencillo es el que lleno de alegría se puso a alabar a Dios “a grandes voces” cuando Jesús entró en Jerusalén (Lc. 19, 37). San Mateo menciona que eran los niños quienes más gritaban *Hosanna* (Mt. 21, 15)

y relata el episodio de los sumos sacerdotes y escribas que se escandalizan de los gritos de alabanza y quieran hacer callar al pueblo.

También hoy día hay el peligro de que existan en la Iglesia muchos escribas, hombres sesudos, de compostura grave, que se escandalizan del “emocionalismo” de la gente, cuando el pueblo alaba a Dios con sencillez, expresando naturalmente el gozo que causa en ellos la presencia de Jesús. La experiencia religiosa ha sido secuestrada por algunos intelectuales que quieren eliminar todo sentimiento de nuestra vivencia de fe, y quieren hacer callar al pueblo que carita.

En cualquier caso, en el pueblo sencillo del Nuevo Testamento encontramos por todas partes lágrimas, gritos y otras expresiones emocionales que desahogan el corazón. Isabel saluda a María “con una gran voz” (Lc. 1, 42). El leproso glorificaba a Dios “a grandes gritos” (Lc. 17, 15), el paralítico curado en la Puerta Hermosa daba brinco de gozo (Hech. 3, 8). Y el mismo Jesús ante la muerte de Lázaro no se muestra imperturbable, sino que “se conmovió interiormente, se turbó y se echó a llorar” (Jn. 11, 34-35).

Hay que recuperar sin duda la expresividad afectiva de nuestra vivencia religiosa. La vivencia que no se expresa acaba marchitándose dentro de nosotros. Y la experiencia de Dios se hará vida cuando recorra ese camino tan corto (y a la vez tan largo) que va desde la cabeza hasta el corazón.

Si de la boca de los niños ha sacado el Señor una alabanza para confundir a los que se engríen en sus pensamientos, hay que hacerse como niños para entrar en este Reino de alabanza, que es el Reino de la salvación y del amor. Hay que renunciar definitivamente a la mirada fría, crítica, que todo lo juzga, para pasar a la mirada benevolente del amor que en todas partes encuentra a Dios y

que “todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo acepta” (1 Cor. 13, 7).

Y Jesús, el Hijo, también conoció mejor que nadie este estremecimiento de gozo que produce la alabanza en el corazón del humilde, cuando “se llenó de gozo en el Espíritu Santo y dijo: “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a los humildes” (Lc. 10, 21).

Quizá una de las características más típicas de los niños es su capacidad para maravillarse. Tratemos de imaginar la expresión del rostro de un niño que se queda fascinado ante una experiencia nueva: el sonido de unas llaves que se agitan, las cuentas de colores... Todo su ser queda en suspenso ante la maravilla y pronuncia un “¡Oh!” en un éxtasis que absorbe toda su capacidad de atención. Es el momento del descubrimiento, de la revelación, en la que el tiempo se detiene y gozamos de un instante de eternidad.

Mientras mantenemos la capacidad de asombrarnos, seguimos teniendo un corazón de niño. Pero desgraciadamente muchas personas han perdido la capacidad de asombro. Como el desengañado autor del Eclesiastés, han llegado a pensar que “no hay nada nuevo bajo el sol” (Ecl. 1, 9). Son perros viejos, con el colmillo retorcido, que ya saben cómo comienza todo y cómo termina todo. No están abiertos a la sorpresa de algo que sea realmente nuevo, que no se limite a ser otra combinación de los mismos elementos de siempre.

Esta actitud es profundamente antievangélica y puede bloquear la acción de Dios en nosotros. A quien no espera nada nuevo, nada nuevo podrá sucederle. El que cree saberlo todo, no puede aprender ya nunca nada.

El Reino de los cielos, en cambio, es para los niños, para los que conservan la capacidad de maravillarse, de asombrarse, de sorprenderse.

Frente al comentario escéptico de los nicodemos de turno que se sonríen burlescamente con aire de suficiencia: “¿Cómo puede uno nacer, siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?” (Jn. 3, 4), está la promesa tajante de Jesús: “El que no nazca de nuevo no podrá entrar en el Reino de Dios” (v. 3).

El hombre viejo parece que goza cuando puede decir: “Ya lo sabía yo”, “ya te lo he dicho”, “ya sabía cómo iba a terminar todo”, “no te ilusiones demasiado, que luego te vas a decepcionar”, “al principio lo tomas con mucha ilusión, pero luego todo termina igual”. Pues bien, la palabra de Dios denuncia esta actitud escéptica del hombre viejo: “Ahora te hago saber cosas nuevas, secretas, no sabidas, que han sido creadas ahora, no hace tiempo, de las que hasta ahora nada oíste, para que no puedas decir: ‘Ya lo sabía’” (Is. 48, 6-7). Parece en esta cita que Dios tuviese placer en restregarnos que sí, que él es capaz de sorprendernos, que puede hacer *algo que no sabíamos*.

El Reino de los cielos es de los pobres que están abiertos a aprender y a recibir. El Reino de los cielos es de aquellos que aceptan y abrazan el misterio de la vida, admirándose ante esa maravilla siempre antigua y siempre nueva, ante esos vastos territorios sin explorar.

A veces se acusa a los carismáticos de ir a la busca de milagros. No necesitamos más milagros. El milagro está ahí. La vida entera es un milagro. Como dice J. Taylor en su libro sobre el Espíritu Santo, “no necesitamos más maravillas, sino mayor capacidad de maravillarnos”⁵. Y cita unas palabras del papiro Oxyrinchus que quizá sean palabras auténticas de Jesús: “El que se admira, reinará”.

Hemos de retener el sentido de misterio en todas las cosas que podemos comprender parcialmente. En el misterio siempre queda abierta la puerta a la novedad. Es

⁵ J.V. Taylor, *The Go-Between God*, London 1972, p. 222.

Dios quien nos promete un *nombre* nuevo (Apoc. 2, 17), un *cántico* nuevo (Sal. 40, 4), un *corazón* nuevo (Ez. 36, 26), *cielos* nuevos y *tierra* nueva (Is. 65, 17), *alianza* nueva (Jer. 31, 31), *vino* nuevo y *odres* nuevos (Mt. 9, 17), *hombre* nuevo (Ef. 4, 24). Y así dice el que está en el trono: “He aquí que yo lo hago *todo* nuevo” (Ap. 21, 5).

Ante nuestros continuos fracasos en la pesca durante la noche, el Señor hace bullir maravillosamente la red en nuestras manos en una pesca milagrosa. Y entonces, como los discípulos, aprenderemos a asombrarnos con *thambos*, que es la palabra griega que designa asombro, sorpresa, estupor: la capacidad de maravillarse de los que abren la puerta para nuevas etapas en su vida.

VII

LA ALABANZA CON EL CUERPO

Una manera muy bonita de dejar que el Espíritu ore en mí es a través de lo que pudiéramos llamar “la oración del cuerpo”. A muchos les cuesta comprender que el cuerpo es una expresión del espíritu mucho más inmediata y fuerte que el lenguaje de las palabras. Con el lenguaje es más fácil engañar, mentir. En cambio, es mucho más difícil mentir con el lenguaje corporal del gesto, la sonrisa, la mirada, las lágrimas. Los niños leen la verdad de nuestros sentimientos en nuestro rostro. Cuando sentimos miedo, por ejemplo, se lo transmitimos, aunque con palabras estemos intentando tranquilizarlos y diciendo que no hay nada que temer. La música dulce y suave de una nana ahuyenta los temores del niño más que mil razonamientos muy convincentes.

Hoy hemos descubierto el valor expresivo del cuerpo. Por todas partes se organizan cursillos de expresión corporal, psicodramas, mimos, lenguaje audiovisual, cuadros escénicos... Hemos descubierto que una imagen tiene más fuerza expresiva que mil palabras.

Sin embargo, hay personas que aceptan todo esto a nivel teórico y son totalmente reacias a llevarlo a la práctica en lo que se refiere a la experiencia religiosa. Se sienten incómodos ante cualquier tipo de gesto en la liturgia y han ido suprimiendo vergonzosamente los pocos que existían antes: señal de la cruz, golpes de pecho, genuflexiones... Y lo que es peor, no es que supriman estos gestos, sino que no los han reemplazado por otros nuevos que puedan ser más significativos para el hombre de hoy.

Al orar con todo el hombre hay que dar mucha importancia a las actitudes corporales. Esto no es una novedad, sino que pertenece a la más íntima entraña de la tradición espiritual cristiana. El mismo san Ignacio, da una importancia extraordinaria a las posturas, el gesto en la oración, la luz o la oscuridad y otros elementos sensibles. Pero al haber olvidado nuestra propia tradición han tenido que venir los métodos orientales para recordarnos algunos elementos que pertenecen a nuestro patrimonio más antiguo.

Entre el cuerpo y el espíritu hay una comunicación en ambas direcciones. Un estado de ánimo especial provoca inmediatamente como reflejo una expresión corporal. La alegría provoca una sonrisa; la tristeza, un rictus en los labios. Pero lo mismo ocurre en sentido contrario: una expresión corporal puede provocar un cierto estado de ánimo. Forzar una sonrisa puede acabar por alegrarnos.

Conocí un sacerdote que guardaba en el cájón de su cuarto un globo grotesco. Cuando se encontraba bajo de ánimo, sacaba el globo, se iba al espejo y se dedicaba a soplar. Nos decía en broma que este gesto le obligaba a recuperar algo del sentido del humor.

Un sentimiento profundo de la grandeza de Dios nos puede llevar a postrarnos en tierra. Pero viceversa, una profunda postración puede llevarnos a tener un sentimiento de la grandeza de Dios.

Por eso, cuando a veces en mi interior me siento seco, aburrído, incapaz de orar, distraído, puedo comenzar una oración con el cuerpo, poniendo algún gesto, alguna postura, que poco a poco vaya evocando en mi espíritu un sentimiento de oración.

Hay una dimensión espacial en el hombre “arriba y abajo”, que nos hace situar arriba todo lo que es más noble y más positivo. Por eso al hablar de Dios decimos que la oración es levantar el corazón. Para levantar el corazón ayuda mucho el poner un gesto que expresa esta

idea de alzamiento: alzar los ojos, alzar las manos, alzar la voz. “A ti levanto los ojos, a ti, que habitas en el cielo” (Sal. 123, 1), “Levanto mis ojos a los montes” (Sal. 121, 1).

De una manera especial, el gesto de alzar los brazos es uno de los gestos más universales que expresan el movimiento ascensional del corazón hacia Dios. En la religión hebrea era el gesto más antiguo y más expresivo de la actitud de oración.

Ya de Moisés nos cuenta la Biblia que en la batalla contra Amalec oraba con las manos levantadas. “Mientras Moisés tenía levantadas las manos, ganaba Israel; pero cuando las bajaba, prevalecía Amalec. Se le cansaron las manos a Moisés, y entonces ellos tomaron una piedra y se la pusieron debajo; él se sentó sobre ella, mientras Aarón y Jur le sostenían las manos, uno a un lado y otro a otro. Y así resistieron sus manos hasta la puesta del sol (Ex. 17, 11-12).

Esta actitud de oración era normal en la liturgia del templo y se cita varias veces en los Salmos. “Toda mi vida te bendeciré y alzaré las manos invocándote” (Sal. 63, 5). “Escucha mi voz cuando levanto mis manos hacia tu santuario” (Sal. 28, 2).

En uno de los textos hay una imagen bellísima en la que se comparan a la vez la oración que sube al cielo, las manos alzadas y la nubecilla del incienso que se levanta. Todo un movimiento ascensional del cuerpo, el alma y el perfume de la oración y del incienso. “Mis oraciones se elevan como incienso; mis manos como la ofrenda de la tarde” (Sal. 141, 2).

Recuerdo que un día en un grupo de oración se presentó como tema para compartir el ir expresando cada uno de los sentimientos que suscitaba en ellos el gesto de los brazos levantados y las manos abiertas. Hubo una gran riqueza en aquel compartir. Uno sugería que las manos alzadas es el gesto del niño que quiere llegar a su padre

y no llega porque es muy pequeño; alza entonces sus brazos diciendo: "Papá, levántame, que no llego. Tómate en tus brazos". Para otro, el gesto de las manos alzadas sugería la actitud de quien se rinde: "¡Manos arriba!" Es la actitud de rendirnos ante Dios y dejar que él se lleve la bolsa y la vida. Para otros, el gesto expresaba la actitud del mendigo que pide limosna extendiendo su mano, consciente de su pobreza. Para otros, expresaba en cambio la idea de la generosidad, al extender las manos y abrirlas a los demás.

Las manos abiertas representan un corazón que se abre ante la luz. De entre los ejercicios de oración con el gesto, uno de los más clásicos es el ejercicio de la "Flor del Loto". Veamos cómo lo describe R. Bohigues en su libro *Escuela de oración*:

"Tengo las manos cerradas, recogidas en el regazo, y las voy abriendo muy despacio, de modo que tenga conciencia de este movimiento. Como los pétalos de una flor que se abre... hasta abrirlas por completo..., ir levantando los brazos hasta mantenerme quieto. Vuelve hacia arriba las palmas de las manos.

"Experimenta lo que tu cuerpo te está diciendo. ¿Qué expresa este gesto para ti? ¿Qué expreso a Dios en este gesto? Siente profundamente lo que ha desencadenado este gesto. Rechazo, plenitud, vacío, pobreza, indigencia, misericordia, petición, invasión, generosidad, etc."⁶

No es extraño que ciertas actitudes corporales con manos y brazos se usen en actos multitudinarios para expresar un compromiso social y una actitud interior. Conocemos bien el puño cerrado de los marxistas o el brazo en alto fascista. Los seguidores de estas ideologías nos cuentan la fuerza expresiva que encuentran al realizar este gesto tan simple mientras cantan un himno. En rea-

⁶ R. Bohigues, *Escuela de oración*, Madrid 1978, p. 77.

lidad responden a una manera profundamente humana de expresarse con el gesto.

Y como suprema expresión corporal no ya sólo de las manos, sino de todo el cuerpo, está la *danza*, el ritmo, el balanceo, con el que todo nuestro ser se deja impregnar por la música y todo el cuerpo se convierte en canción. El salmo 149 exhorta a los fieles a danzar en alabanza al nombre de Dios. “Alaben su nombre con la danza” (Sal. 149, 3; 150, 4).

El rey David bailaba sin ningún respeto humano ante el arca del Señor y todo el pueblo se dejaba contagiar por la danza. “David y toda la casa de Israel bailaba delante de Yavé con todas sus fuerzas” (2 Sam. 6, 5).

Hay que romper esa primera barrera del respeto humano, de nuestros propios bloqueos interiores. Una de las palabras que más frecuentemente se oyen entre la juventud es: “Me da lata”. Todo les da lata. Viven lateados. Pero una vez que se rompen esas barreras, es inexpressable el gozo y la libertad interior “en presencia de Yavé”, al dejarse mover uno libremente al ritmo de la danza.

No es de extrañar que todas estas técnicas sean hoy día muy utilizadas por los psicólogos en las terapias de grupo. La danza, la expresión corporal, el sociodrama, la representación espontánea de nuestro mundo interior tiene una gran fuerza curativa. Pero esto que hoy día han descubierto los psicólogos, pertenece al patrimonio religioso de nuestra tradición, y hay que irlo a beber en estas fuentes.

La danza de los hombres “en presencia de Yavé” no hace sino reflejar sobre la tierra la danza del Señor en el cielo. Aún más grande que danzar nosotros por el Señor es considerar que él danza de gozo por nosotros. Es precisamente lo que expresa el profeta Sofonías: “Yavé, tu Dios, está en medio de ti, ¡un poderoso salvador! El exulta de gozo por ti, te renueva por su amor; *danza por*

ti con gritos de júbilo, como en los días de fiesta” (Sof. 3, 17).

Esta danza festiva del cielo es la que intentamos reproducir en nuestra liturgia, como anticipo y como signo de liberación. Es el anuncio de la llegada del Reino prometido por los profetas. “Entonces se alegrará la doncella en la *danza*, los mozos y los viejos juntos, y cambiaré su duelo en regocijo, y les consolaré y alegraré en su tristeza” (Jer. 31, 13).

VIII

VIDA PARA GLORIA DE DIOS

La gloria de Dios es el hombre que vive, decía ya san Ireneo en el Siglo II. Cuando más abundante es la vida en el corazón del hombre, mayor es la gloria que Dios recibe. Por eso Jesús ha venido a dar gloria al Padre restaurando la imagen destruida que había en el hombre. “El ladrón no viene más que a robar, a matar y a destruir. En cambio yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn. 10, 10).

A veces se nos ha predicado una imagen horrible de Dios, que se complace en nuestro padecimiento, y se goza en nuestra humillación y en nuestra mortificación. Frente a tantas imágenes falsas repetiremos una y otra vez: la gloria de Dios es el hombre que vive y en la medida en que vive. “El Seol no te alaba y la Muerte no te glorifica, ni los que bajan al pozo esperan en tu fidelidad. El que vive, el que vive, ése te alaba como yo ahora” (Is. 38, 18-19).

¿Y qué es vivir? Vivir es despertar cantando esperando, vivir es recibir con ilusión la luz del día vivir es gozar de la serenidad de la tarde, vivir es estar libre de angustias y preocupaciones, vivir es tener salud y respirar sin ahogos, vivir es amar y ser amado, vivir es enfrentarse sin temor al día de mañana, vivir es comer con gozo el pan de cada día ganado con un trabajo humano, vivir es tener la conciencia en paz cuando llega la noche, vivir es poder dormir sin sobresaltos ni pesadillas, vivir es comunicarse y poderse expresar, vivir es ser capaz de comprometerse e ilusionarse con una vocación, vivir es

ser libre y no estar atado por ningún tipo de cadenas, vivir es poder dar sentido a la propia existencia, vivir es poseerse y poderse entregar. Vivir es, en pocas palabras, la abundancia de los frutos del Espíritu. En ellos consiste la vida abundante de Jesús: “Amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí” (Gál. 5, 22-23).

Para que podamos vivir así, Jesús ha venido a curar nuestras heridas, a romper nuestras cadenas, a ensanchar nuestro corazón, a llenarnos de su paz. La vida de Jesús comienza ahora; no es solamente para después de la muerte. Si predicamos a un Jesús que sólo nos da la vida después de la muerte, con razón habrá gente que diga: “Pues entonces me arrimaré a Jesús cuando ya esté para morirme, cuando sea viejo. Déjame ahora vivir mi vida, y cuando ésta se me vaya a acabar, entonces me acordaré de Jesús”.

Pero no. La vida eterna ya está aquí, comienza aquí. La resurrección ya ha comenzado (cfr. Col. 3, 1). “Aun cuando nuestro hombre exterior se vaya desmoronando, el hombre interior se va renovando de día en día” (2 Cor. 4, 18).

En cambio los que todavía están “bajo el poder de la carne”, llevan una existencia que no puede llamarse vida. Eso no es vivir. Se levantan con amargura y mal sabor de boca maldiciendo el día en que nacieron. Son incapaces de dar un sentido global a su existencia porque no se poseen a sí mismos y están a merced de sus vaivenes emocionales. Son incapaces de establecer relaciones estables y permanentes, que son las únicas plenamente gratificantes. Su única manera de amar es compartir un egoísmo. No hay en ellos sinceridad, ni fidelidad, ni capacidad de compromiso. Viven dispersos en la superficie de la vida sin poder gustar ninguno de sus placeres más profundos. Son esclavos de sí mismos e incapaces de romper sus prisiones. Experimentan un enorme vacío interior

y una división interna que les desgarran. Son atormentados por su culpabilidad que no son capaces de acallar. Veamos cómo describe san Pablo esta vida que no es vida: “Las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordias, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes...” (Gál. 5, 19-21).

Si la gloria de Dios es el hombre que vive, Jesús ha venido para dar gloria al Padre, realizando la salvación del hombre. “Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar” (Jn. 17, 4). Cumplir nuestra vocación, nuestra misión de salvar a los hombres, es la mejor manera de glorificar a Dios. La alabanza no es una actitud pasiva, intimista del individuo con su Dios. Alabar a Dios es restaurar su imagen dondequiera que se encuentre destruida.

La apremiante pregunta sobre el mal en el mundo, que es un grave tropiezo para la fe de muchos, no tiene una respuesta teórica plenamente satisfactoria. Es solamente aliviando el mal del mundo como haremos una justificación que reivindicque la gloria de nuestro Dios. Si queremos “reparar” a Dios por las blasfemias que se dicen contra él, tendremos que comprometernos para que desaparezca el mal en el mundo, el mal que lleva a los hombres a blasfemar. Dios no necesita ser “reparado”. El que necesita “reparación” es el hombre averiado y destrozado; al reparar los destrozos del hombre, repararemos la gloria de Dios que ha sido empañada. Si el hambriento blasfema, la reparación de la blasfemia es ante todo darle de comer.

Multiplicando el bien sobre el mundo estamos multiplicando los motivos de alabanza a Dios. Siendo sal de la tierra y luz del mundo, brillará nuestra luz delante de los hombres, para que “viendo vuestras buenas obras, glorifiquen al Padre que está en los cielos” (Mt. 5, 16).

San Lucas es el evangelista que más ha relacionado la obra salvadora de Jesús con la gloria dada a Dios. Los milagros de Jesús, que son obras de poder para dar vida abundante a los hombres que malviven y llevan una existencia desdichada, se ven siempre seguidos por un coro de alabanzas del pueblo que proclama la gloria de Dios en el hombre que empieza a vivir plenamente.

El paralítico se volvió a su casa dando gloria a Dios (Lc. 5, 25). El ciego glorificaba a Dios y todos los que lo vieron alababan a Dios (Lc. 18, 43). “Todos los discípulos empezaron a alegrarse y a alabar a Dios con fuerte voz por todas las grandes obras que habían visto” (Lc. 19, 37). El samaritano leproso “al sentirse curado, se volvió alabando a Dios con grandes gritos” (Lc. 17, 15). El paralítico de la Puerta Hermosa, curado por Pedro y Juan, “de un salto se puso en pie y andaba. Entró con ellos en el Templo andando, saltando y alabando a Dios. Todo el pueblo le vio cómo andaba y alababa a Dios” (Hech. 3, 7-8).

¡Cuánta gloria podríamos dar a Dios si consiguiésemos que la vida de los hombres fuese más abundante, si ejercitásemos todos los carismas del Espíritu para vida de los hombres, curaciones físicas, sanaciones interiores, liberaciones, ejercicio de las obras de misericordia, proclamación del derecho y la justicia, acciones concretas por la reforma social...! “En esto consiste la gloria de mi Padre, en que deis mucho fruto” (Jn. 15, 8).

En la maravillosa profecía mesiánica de Isaías se nos describe la obra liberadora del futuro Mesías, rescatando a los hombres que están cautivos. El resultado de esta obra liberadora es multiplicar la alabanza. “El Espíritu de Yavé está sobre mí, por cuanto me ha ungido Yavé. A anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado, a vendar los corazones rotos, a pregonar a los cautivos la liberación y a los reclusos la libertad; a pregonar año de gracia de Yavé, día de venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los que lloran, para darles diadema en

vez de ceniza, aceite de gozo en vez de vestido de luto, *alabanza en vez de espíritu abatido*" (Is. 61, 1-3). Es esta misma la profecía que Jesús se aplicará en su visita a la sinagoga de Nazaret. "Esta Escritura que acaban de oír, se ha cumplido hoy" (Lc. 4, 21).

A veces se intenta contraponer la teología de la liberación con la renovación carismática, como si se tratase de dos cosas necesariamente contradictorias. Si descubriésemos las verdaderas raíces de la alabanza carismática en el de san Ireneo, veríamos en seguida lo superficial en el "hombre que vive" de san Ireneo, veríamos en seguida lo superficial de esta contraposición. Luchando por un mundo más justo, redimiendo profundamente al hombre oprimido, Dios será glorificado en la tierra.

Por eso la alabanza a Dios no nos debe llevar a un éxtasis en el que nos evadamos de nuestros compromisos bien concretos. El mismo Señor que nos llama a compartir la intimidad de su mesa, que quiere entrar a cenar con nosotros (Apoc. 3, 20), inmediatamente nos dice: "Levántense, vámonos de aquí" (Jn. 14, 31). La mesa no es todavía una realidad definitiva. No podemos todavía instalarnos en ella. Hay que levantarse para lavar los pies a los hermanos, o para emprender el camino que lleva a la cruz.

El canto de la alabanza no es en esta tierra el himno del que ya ha llegado y descansa gozoso en la meta de su camino. Es más bien el canto del caminante, como precisamente lo describe san Agustín; nuestro aleluya no nos evade de nuestras responsabilidades para con el hombre, no es para "deleite de nuestro reposo", sino para "alivio de nuestro trabajo".

"Feliz el aleluya que allí entonaremos (en el cielo). Será un aleluya seguro y sin temor, porque allí no habrá ningún enemigo, no se perderá ningún amigo. Allí, como ahora, resonarán las alabanzas divinas; pero las de aquí proceden de los que están todavía en dificultades, las de

allá de los que están en seguridad; aquí de los que están todavía en camino, allá de los que ya han llegado a la patria.

Por tanto, hermanos míos, cantemos ahora, no para deleite de nuestro reposo, sino para alivio de nuestro trabajo. Tal como suelen hacer los caminantes, canta, pero camina; consuélate en el trabajo cantando, pero no te entregues a la pereza; canta y camina a la vez. ¿Qué significa *camina*? Adelanta, pero en el bien. Porque hay algunos, como dice el apóstol, que adelantan de mal en peor. Tú, si adelantas, caminas; pero adelanta en el bien, en la fe verdadera, en las buenas obras; canta y camina”⁷.

No tengamos miedo que nuestro canto nos vaya a llevar a una evasión. El canto ayuda a caminar: las grandes manifestaciones han recorrido peligrosos caminos ayudados por el canto que espantaba los miedos. “Unidos venceremos”, el *teruwa*, la seguridad de la victoria, en lugar de servirnos de narcótico, ha de dinamizar más profundamente nuestro compromiso con el hombre.

⁷ S. Agustín, Sermón 256, PL 38, 1193.

IX

UNA CORRIENTE DE RENOVACION: LA ORACION CARISMATICA

Quizá de todos los distintos aspectos que la renovación carismática ha venido a renovar en la Iglesia, sea el de la oración comunitaria el más visible y el que más se ha difundido. Si preguntamos a muchas personas qué es eso de los carismáticos, quizá la primera imagen que les viene a la mente sea la de unos cristianos que se reúnen a orar aplaudiendo, alzan las manos y cantan en lenguas.

Una vez que vayamos profundizando en este proceso de la renovación, veremos que no es éste el aspecto central, aunque sea el más visible. Sin duda éste ha sido el comienzo de la renovación. Ha sido asistiendo a un grupo de oración espontánea como muchos han comenzado un proceso de interiorización y un encuentro con Jesús que les ha llevado luego a otros muchos desarrollos.

Expondremos ahora cuáles son los elementos renovadores que la experiencia de la renovación carismática ha aportado a la larga y riquísima historia espiritual de la Iglesia en oración. Precisamente lo que más ha caracterizado a la oración carismática es el desarrollo que hace de la oración de alabanza.

La oración carismática espontánea no se opone ni a la oración personal ni a la oración litúrgica, sino que las complementa. El testimonio constante de los que han comenzado a asistir con regularidad a un grupo de oración carismática es que les ha servido mucho para crecer

en su oración personal y para participar mejor en los Sacramentos, la Eucaristía y el rezo de las Horas.

¿En qué consiste, pues, la oración carismática? Procuremos imaginar una reunión de oración como las que tenían los corintios: “Cuando os reunís cada cual puede tener un salmo, una instrucción, una revelación, un discurso en lenguas, una interpretación; pero que todo sea para edificación” (1 Cor. 14, 26).

En este texto da a entender Pablo que se trataba de una oración muy participada. No solamente los ancianos de la comunidad tomaban la palabra, sino que la base de la participación era muy amplia, extendiéndose también a las mujeres que podían profetizar (1 Cor. 11, 5).

Lo segundo que nos da a entender esta cita de san Pablo es que no sólo participaba una gran variedad de personas, sino que había muchos tipos distintos de intervenciones que reciben distintos nombres: *revelaciones o profecías* (1 Cor. 14, 24-25), *salmos y cánticos inspirados* (Ef. 5, 19), los cuales debían ser muy festivos, porque san Pablo los compara a los cantos de la gente que está bebida. “No os embriaguéis con vino que es causa de libertinaje, sino llenaos más bien del Espíritu y recitad salmos, himnos y cánticos inspirados”.

Era una oración no programada, hasta el punto de que en ocasiones podía llegar a darse el caso de que varias personas intentasen profetizar a la vez. Señal de que no había un orden preestablecido de turnos de intervención. San Pablo más bien tiene que avisar que aunque haya espontaneidad no se vaya a caer en el desorden, pues “Dios no es un Dios de confusión, sino un Dios de paz” (1 Cor. 14, 33):

Un lugar muy importante ocupaba en las reuniones de oración de lectura atenta de la *Escritura*, tal como se hacía en la Sinagoga. Esto se refiere primeramente a las Escrituras del Antiguo Testamento, ya canónicas, y también

a las palabras de Jesús que la comunidad recordaba: “Que la Palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza” (Col. 3, 16), así como también a las cartas de los apóstoles. “Os conjuro en el Señor que esta carta sea leída a todos los hermanos” (1 Tes. 5, 27). “Una vez que hayáis leído esta carta entre vosotros, procurad que también sea leída en la iglesia de Laodicea” (Col. 4, 16).

Al papel que jugaba el *canto* y la *música* ya hemos aludido antes. Los “cánticos inspirados” eran improvisados por el cantor que a la vez componía la música y la letra, inspirado por el Espíritu Santo. Esta costumbre de cantar en las asambleas se llevaba después a la vida normal del cristiano. Pablo y Silas en la cárcel de Filipos se pasaron la noche cantando himnos que tenían en suspenso a todos los presos (Hech. 16, 25).

Otra parte importante de la reunión de oración eran los *testimonios*. Estos testimonios de la obra del Señor no sólo se referían a las comunidades locales, sino que se extendían de una comunidad a otra. Al volver Pablo y Bernabé de su primer viaje apostólico, dan testimonio en Antioquía de todo lo que el Señor había realizado en el viaje. “A su llegada reunieron a la Iglesia y se pusieron a contar todo cuanto el Señor había hecho juntamente con ellos y cómo había abierto a los gentiles la puerta de la fe” (Hech. 14, 27). A través de los testimonios, la fama de los tesalonicenses se extiende tanto que Pablo llega a decir: “Partiendo de vosotros, la Palabra del Señor y vuestra fe en Dios se ha difundido no sólo en Macedonia y Acaya sino por todas partes” (1 Tes. 1, 8).

Este testimonio cristiano positivo se convierte en “buen olor de Cristo” (2 Cor. 2; 15). Es especialmente necesario hoy día renovar en la Iglesia estos testimonios. Pensemos a veces en algunas reuniones o revistas de noticias de Iglesia que se convierten en un basurero sensacionalista donde se coleccionan los chismes puestos al día. Y comparemos el desánimo que estas revistas pro-

vocan con la elevación que se experimenta al leer el testimonio de una Madre Teresa o de un Martin Luther King.

Finalmente también tenían un lugar en la oración las *peticiones*. En el comienzo y en el final de las cartas de Pablo hay muestras continuas de esta costumbre universal de encomendarse a las oraciones de los demás.

Estos eran, pues, los ingredientes fundamentales de aquellas reuniones espontáneas de oración de las que tenemos constancia en las cartas de Pablo: salmos, himnos, textos bíblicos, cánticos inspirados, profecías, oración en lenguas, testimonios, peticiones... Podríamos comparar a estos elementos diversos con los distintos instrumentos de una orquesta sinfónica. Todos ellos bien conjuntados producen una melodía maravillosa. Cada uno debe estar bien afinado, pero esto no basta para que la orquesta suene. Tiene que haber una persona, el director de orquesta, al que todos siguen, y da unidad al conjunto. El es el que va marcando los ritmos, dando viveza o ralentizando; él señala a cada instrumento cuándo debe sonar pianísimo o a todo volumen. Este director que armoniza los distintos instrumentos es el Espíritu Santo, cuando todos le escuchan. Cuando no hay varias oraciones yuxtapuestas, sino una alabanza única que brota del corazón unificado de la comunidad.

La oración comunitaria no es meramente aquella que se hace por personas reunidas en un mismo lugar o recitando a la vez unos mismos textos. Lo principal para una oración comunitaria es que haya una comunión de corazones, un dejar cada uno su oración individual, sus estados de ánimo del momento, para abandonarse a la oración de toda la comunidad, fundiéndose con ella y ensanchando así su propio corazón.

La comunión íntima no es mera coincidencia de hora y de lugar. Hay que comulgar en la expresión de la alabanza espontánea, del testimonio de fe, de la manifesta-

ción de la propia debilidad, de la confesión común de Jesús como Salvador y Señor, de los frutos del Espíritu y de los carismas personales que cada uno pone al servicio de una oración compartida.

La comunidad cristiana o es primariamente una comunidad de oración o no es nada. Cuando dos o tres están reunidos en mi nombre... (Mt. 18, 20). Cuanto más íntima es la reunión, cuanto más en su nombre, mayor es la presencia colectiva de Jesús.

Si cada uno va a la oración a soltar su propia intervención, sin tener en cuenta las oraciones de los demás, habrá muchas oraciones yuxtapuestas, pero no habrá verdadera oración de comunidad. Dominará la dispersión y no nos sentiremos unidos.

Pero si nos escuchamos unos a otros, si hacemos nuestra la oración del hermano, si nos dejamos inspirar por ella para hacer nuestra propia oración, si nos dejamos sumergir en el corazón de una comunidad que ora, pronto empieza a hacerse patente el Espíritu de Jesús y se van entrelazando las diversas intervenciones en las que va surgiendo un hilo conductor, un tema, una palabra especial para cada día, sin que haya nada distractivo ni disonante.

Efectivamente al avanzar la oración comunitaria, al mismo tiempo que inunda la escena una nueva presencia de Jesús, se va delineando el tema central, que en unos casos puede ser una invitación a la fe, al perdón, al amor mutuo o al compromiso. Al terminar la oración nos sentimos misteriosamente uno, y nos llevamos a casa una palabra especial para ese día o para esa semana, y una fuerza especial para seguir caminando.

Aparte de este nuevo estilo de oración comunitaria, creo que el aspecto más profundo que la renovación carismática ha venido a actualizar en la Iglesia es la concepción de la oración como vida del Espíritu que ora en mí. Adorar al Padre en Espíritu y verdad es sumergirse

de tal manera en mi inserción en Cristo, que ya no viva yo sino que sea Cristo quien vive en mí y por tanto ya no ore yo, sino que sea Cristo quien ore en mí (cfr. Gál. 2, 20).

Jesús ha de seguir adorando al Padre por toda la eternidad. Y Jesús multiplica su adoración en cada uno de sus hermanos. El Padre le ha dado a Jesús un cuerpo místico que es la comunidad redimida. Y Jesús nos dice: "Préstame tus labios para seguir diciéndole al Padre que le amo".

Es la comunión en el espíritu de Jesús la que me hace ser hijo en el Hijo. Es precisamente por tener el Espíritu de Jesús por lo que al mirarme el Padre ya no me ve a mí, sino que mira en mí la imagen de su Hijo y ama a su Hijo en mí, y recibe mi alabanza y mi adoración como alabanza y adoración de su Hijo. "El que no tiene el Espíritu de Cristo no le pertenece, mas Cristo está en vosotros" (Rom. 8, 9). Todos los que son guiados por el Espíritu son hijos de Dios (v. 14)... Recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: "¡Abba, Padre!" (v. 15).

Esta actitud de abandono es precisamente la que mejor se expresa en la oración en lenguas, como carisma al que nos referiremos en el próximo capítulo. Dé entre los muchos frutos de este carisma de oración hay que destacar que nos hace tomar conciencia de que el Espíritu ora en nosotros. Oración carismática es dejar que el Espíritu se una a nuestro espíritu "para dar testimonio de que somos hijos de Dios" (v. 16) y "ore en nosotros con gemidos inefables" (v. 26).

X

LA ORACION EN LENGUAS: GRACIA DE ALABANZA

Solamente a la luz de lo que acabamos de decir podremos comprender la gracia de la oración en lenguas u “oración en el Espíritu”, del que hay tantísimas referencias en el Nuevo Testamento.

La gracia de lenguas es ante todo un don de oración que nos sirve para comunicarnos con Dios, y no tiene nada que ver con el fenómeno de Pentecostés en que cada uno oía a los apóstoles en su propia lengua. No nos sirve para comunicarnos unos con otros, sino para comunicarnos con Dios. En efecto, “nadie lo entiende” (1 Cor. 14, 2). Ni yo mismo lo entiendo; “mi espíritu ora, pero mi mente queda sin fruto” (v. 14), esto es, no se da en mí un enriquecimiento de ideas.

Normalmente el orar en lenguas no supone el uso de un idioma real existente que hubiéramos llegado a conocer por inspiración, sin haberlo estudiado. Habrá podido suceder en algunos casos milagrosos, pero como fenómeno milagroso no puede nunca ser algo habitual, como lo es la oración en lenguas. En realidad en la inmensa mayoría de los casos el lenguaje que usamos al orar en lenguas es un lenguaje del subconsciente, un lenguaje del corazón. Desde nuestra infancia todos tenemos unos sonidos interiores. Si alguna vez hemos sorprendido a un niño hablando para sí mismo y diciendo palabras sin sentido, nos haremos una idea de cómo suena este lenguaje arcaico que cada uno llevamos dentro.

Igualmente habría que advertir que el orar en lenguas no es un fenómeno extático, en el que uno pierde la voluntad. No se presenta de una manera irreprímible. Aunque la primera vez pueda aparecer con mucha fuerza, normalmente tenemos un control voluntario de esta oración y decidimos cuándo empezamos y cuándo terminamos, y podemos analizar la conveniencia de usarla o no, según las circunstancias.

De la oración en lenguas nos dice san Pablo: "Deseo que habléis todos en lenguas" (1 Cor. 14, 5). Y de sí mismo nos dice: "Doy gracias a Dios porque hablo en lenguas más que todos vosotros" (v. 18). Sin embargo, el contexto en que aparecen estas frases es una advertencia sobre el peligro que encierra este don mal usado. Como todos los otros dones, debe estar sometido al amor. "Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor soy como bronce que suena o címbalo que retiñe" (1 Cor. 13, 1). Y si este don se convierte en ocasión de vanidad, rivalidad, envidias o exhibicionismo, cosa que sucedía entre algunos de los corintios, entonces no nace del amor.

Claro está que de aquí no se puede concluir, como han hecho muy ligeramente algunos, que si hay peligros se debe prescindir totalmente de este don. Esto sería "extinguir el Espíritu" (1 Tes. 5, 19), cosa contra la que nos previene san Pablo. Sería tan absurdo como el intentar mantener a la gente analfabeta para evitar que lean malos libros. Cuando encendemos la luz, inmediatamente la habitación se llena de insectos. Pero tiene que haber algún otro remedio contra ellos que no sea el tener que vivir a oscuras.

Tratemos ahora de explicar un poco en qué consiste este don de alabanza.

San Pablo distingue en el hombre tres niveles: cuerpo, mente y espíritu (1 Tes. 5, 23). Por *mente* entendemos todo el mundo interior que se expresa en conceptos

y palabras: el hilo de mi discurso racional y de mi lenguaje. Por *espíritu* se quiere significar esa profundidad radical de mi existencia, previa a las ideas, en la que soy consciente de mí mismo pero como un misterio que no puede ser articulado en palabras.

Todos somos conscientes de que muchas veces no podemos expresar nuestras vivencias más íntimas. “No tengo palabras para decirte cómo lo siento”, es una expresión que brota de los labios al querer dar el pésame a un amigo querido.

Igualmente al querer expresarnos ante Dios tropéizamos con la misma dificultad. Pero el Nuevo Testamento nos dice que hay un lenguaje del espíritu que nos permite comunicarnos con Dios sin la mediación de ideas y palabras. “El que habla en lenguas profiere misterios en el espíritu” (v. 2), no sólo el misterio de Dios, sino también el misterio que soy yo para mí mismo. Esta oración sin palabras, con gemidos, deja que el Espíritu se cierna por encima del abismo informe de mi propio ser, y produce en mí un silencio tan grande, un aquietamiento tan profundo, que me posibilita el escuchar la Palabra creativa de Dios que resuena llena de poder, para configurar mi universo mental en torno al mensaje del Evangelio⁸.

Desde la fuente más originaria de mi propio ser, desde el primer borbotón de agua en el manantial, antes que se haya derramado por la grieta de la piedra, me hago ya presente ante el Señor. “Que no está aún en mi lengua la palabra, y ya tú, Yavé, la conoces entera” (Sal. 139, 4). Y es en este nivel íntimo de mi propio espíritu donde me expreso sin ideas, sin tratar de entender, sin tratar de controlar ni analizar, acurrucándome en el misterio. Allí me siento mirado, acogido, escuchado, comprendido. Allí todo queda patente para ese Espíritu que “todo lo sondea” (1 Cor. 2, 10), y “mi espíritu cala desde

⁸ G.T. Montague, S.M., *Riding the wind*, pp. 70-74

lejos" (Sal. 139, 2). Allí no necesito formular frases acabadas gramaticalmente, para hacerme comprender por mi Padre, porque "él sabe lo que necesitamos antes de pedírselo" (Mt. 6, 8). El Señor nos exhorta a que no charlemos mucho, a que no extrememos el cuidado de repensar demasiado nuestro lenguaje, con preciosismos verbales, con estilismos de gramática, con nuestros recursos oratorios, como si la calidad de nuestro lenguaje influyese positivamente a la hora de ser escuchados por Dios.

Orar en lenguas es dejarse mirar sin palabras, sin conceptos, sin gramática, con ese balbuceo, con esos sonidos espontáneos, con ese murmullo sin sentido que actúa como música de fondo y sustenta nuestra actitud contemplativa.

Todo esto no va en detrimento de la oración mental propiamente dicha, en la que usamos razonamiento y tratamos de expresar la realidad con lenguaje ordinario. San Pablo nunca enfrenta ambos tipos de oración, sino que afirma que se complementan. "Oraré con el espíritu y oraré con la mente. Cantaré salmos con el espíritu y también cantaré salmos con la mente" (1 Cor. 14, 15). De esta manera también mi mente sacará fruto, y al orar delante de otros, éstos podrán edificarse (v. 16).

¡La oración en lenguas es algo tan sencillo...! Creo que lo que más dificulta su comprensión es que la gente piensa que se trata de algo maravilloso, extraordinario, milagroso. Y no es así. El don de lenguas es un don de oración para pobres, para los que no saben orar, para los que tienen dificultad de expresarse, para los que tienen un lenguaje muy deficiente y no saben decir dos palabras seguidas sin aturullarse. "El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad cuando no sabemos orar como conviene e intercede por nosotros con gemidos inefables" (Rom. 8, 26).

En muchas ocasiones, el lenguaje en lugar de ser cauce de expresión es un dique que impide la efusión de

las vivencias. Lo dice preciosamente san Agustín en su comentario al salmo 100. “En cuanto empiezas a experimentar su amor, te das cuenta de que no puedes expresar lo que estás experimentando. Pero cuando comprendes que no puedes expresar lo que estás experimentando, ¿te quedarás mudo?, ¿te abstendrás de alabar a Dios? ¿No ofrecerás tu acción de gracias a quien ha querido dársete a conocer? Si le alabaste cuando le buscabas, ¿te quedarás callado ahora que le has encontrado? De ningún modo. Es entonces cuando estalla dentro de nosotros el canto de júbilo digno de tal nombre”. Recordamos que “canto de júbilo”, *iubilatio*, es el nombre con el que san Agustín designa repetidas veces el canto en lenguas.

La *iubilatio* surge en el corazón en el instante mismo en que experimentamos la necesidad de abrir nuestros labios y al mismo tiempo la pobreza expresiva de nuestro lenguaje. Es oración del pobre, balbuceo de niño.

Dice también san Agustín en su comentario al salmo 33: “¿Qué significa cantar con júbilo? Entender, porque no puede explicarse con palabras, lo que se canta con el corazón. Así, pues, los que cantan, ya sea en la siega o en la vendimia, o en algún trabajo activo o agitado, cuando comienzan a alborozarse de alegría por las palabras de los cánticos, estando ya como llenos de tanta alegría, no pudiendo ya explicarla con palabras, se comen las sílabas de las palabras y se entregan al canto de júbilo”.

El fruto de la oración en lenguas no depende en absoluto de la riqueza fonética o de la variedad de sonidos de este lenguaje del corazón. Hay muchas personas que al orar en lenguas se limitan a repetir muchas veces una sola sílaba, como el reteñir de un bronce o el arrullo de un ave. Quizá sea sólo una palabra entera, misteriosa, que se repite muchas veces. El fruto depende de la espontaneidad de nuestra oración y nuestro abandono al Espíritu para dejar que él alabe en nosotros. De san Francisco nos cuentan las *Floreillas* que su oración en lenguas era

muy, muy sencilla. “Muchas veces, cuando oraba, hacía un arrullo semejante en la forma y el sonido al de la paloma, repitiendo: ‘uh, uh, uh’ y con cara alegre y corazón gozoso se estaba así en la contemplación”⁹.

Y sobre el gozo de esta lengua extraña, *algarabía* (sonido como de lengua de moros), dice santa Teresa: “Da nuestro Señor al alma algunas veces unos júbilos y oración extraña que no sabe entender lo que es. Porque si os hiciera esta merced, le alabéis mucho y sepáis que es cosa que pasa, lo pongo aquí... ...Parece esto *algarabía*, y cierto pasa así, que es gozo tan excesivo del alma, que no querría gozarlo a solas, sino decirlo a todos, para que le ayudasen a alabar a Dios nuestro Señor... ...Plegue a su Majestad que muchas veces nos dé esta oración, pues es tan segura y gananciosa que adquirirla no podemos”¹⁰.

Quizá la dificultad más grande que experimentan algunos para aceptar el canto y la oración en lenguas es decir: “Si se trata de un don tan provechoso, ¿por qué se ha perdido su uso durante tantísimos siglos de la tradición de la Iglesia?”.

La respuesta es que también ha habido otras cosas muy importantes que durante muchos siglos no han sido ejercidas en la Iglesia con la frecuencia que conviene. Durante muchos siglos la comunión estuvo limitada sólo a las personas muy piadosas y muy pocas veces al año. Durante siglos la reconciliación sólo se podía recibir una vez en la vida; la unción de los enfermos se reservaba a moribundos, privando así de una gracia a otros enfermos que hubiesen podido beneficiarse de ella. El mismo uso de la Biblia ha sufrido serias restricciones privando a muchos cristianos de esta fuente de gracia. Por lo tanto no es argumento contra el don de lenguas el decir que durante muchos siglos se ha usado poco.

⁹ *Escritos completos de S. Francisco de Asís*, Madrid 1949, p. 156. -

¹⁰ Sta. Teresa, *Las Moradas*, Morada 6ª, cap. 6, 10, Madrid 1967, p. 251.

Nunca ha desaparecido totalmente de la Iglesia. Ya hemos consignado algunos ejemplos de santos que disfrutaron de este don o hablaron de él con mucha estima: la *iubilatio* de san Agustín, el *arrullo* de san Francisco, la *loquela* de san Ignacio, la *algarabía* de santa Teresa...

El don de lenguas está citado en el Nuevo Testamento con mucha más profusión que algunos sacramentos para los que apenas hay si dos o tres citas. Está bien atestiguado en la obra de los Padres de la Iglesia, y, aunque con carácter minoritario, se ha mantenido a lo largo de toda la historia espiritual cristiana. ¿Qué tiene de extraño que hoy se esté dando una corriente de renovación que restaura una pieza de nuestro tesoro que ha estado algo olvidada, y le devuelve su puesto en un tiempo de crisis en el que la oración llegó a devaluarse bastante?

Si las lenguas son un don por el cual el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad para orar, ¿no nos sentiremos lo bastante débiles para pedir al Espíritu que venga en nuestra ayuda?

XI

LOS FRUTOS DE LA ALABANZA

Es cierto que la gloria de Dios consiste en el hombre vivo. Pero viceversa también podríamos decir que el glorificar a Dios es fuente de vida para el hombre.

Aunque haya que glorificar a Dios por él mismo, y no tanto por las ventajas que nos pueda traer esta alabanza, ¿qué duda cabe que la alabanza de Dios es una fuente de bendición para el hombre? “Bendito sea Dios que nos ha bendecido” (Ef. 1, 3). Al bendecir a Dios, él nos bendice a nosotros.

Para empezar diremos que la alabanza a Dios tiene ya como primer fruto el *desplazar al hombre* del centro de la escena, para poner a Dios en medio.

Y esto es ya una revolución. Cuando Copérnico y Galileo descubrieron que la tierra no era el centro en torno al cual todo giraba, se dio una inmensa revolución científica.

Un tipo semejante de revolución se da en el momento en que el hombre reconoce que él no es el sol, el centro del sistema, sino sólo un planeta que gira en torno al sol, que recibe su luz del sol, que no tiene luz propia, sino que se limita a recibirla y reflejarla.

En la alabanza volvemos nuestro corazón a Dios para dejarnos iluminar por su luz. “Contempladlo y quedaréis radiantes” (Sal. 34, 6). Esta iluminación al volver nuestros ojos hacia Dios, se hace visible durante la alabanza comunitaria; el rostro se enciende como el de Moisés. “Bajó Moisés del monte Sinaí... ...y no sabía que la piel

de su rostro se había vuelto radiante por haber hablado con Dios” (Ex. 34, 29). Este brillo especial, ahora en la Nueva Alianza, lo recibimos de Cristo, al cantar los laudes de su Resurrección: “Pues el mismo Dios que dijo: ‘De las tinieblas brille la luz’, ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo” (2 Cor. 4, 6).

“Irradiar el conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Cristo” es toda una vocación de alabanza para que nuestra vida se convierta en testimonio y “con el rostro descubierto reflejemos como un espejo la gloria del Señor” (2 Cor. 3, 18).

Un segundo fruto de alabanza es la *sanación*. El mal que ha penetrado en nosotros nos bloquea interiormente, nos oprime el corazón, nos lleva a mirarlo todo con una mirada negativa, crítica; selecciona los aspectos negativos de la realidad para irlos acumulando luego hasta formar una imagen monstruosa y distorsionada. Y el origen de todo este proceso destructivo está en una herida interior, en un desengaño, en un fracaso que no hemos sabido aceptar e integrar en nuestra vida. Pues bien, en estos casos, aunque resulte difícil ponerse en la nueva óptica de la alabanza, ésta produce un bloqueamiento, alivia el dolor del espasmo al relajar el músculo, sana interiormente la herida.

Ya citamos anteriormente aquel pasaje de Números en que se relaciona directamente la alabanza con la *liberación* de los enemigos (Núm. 10, 9). Oigamos ahora la promesa de Dios por el profeta Isaías en la que asocia directamente la alabanza con la curación: “Yo le curaré y le daré ánimos a él y a los que con él lloraban, poniendo en sus labios alabanza” (Is. 57, 18).

En la oración de intercesión por un hermano, siempre hay que comenzar alabando a Dios. Nunca se le debe pedir nada a Dios sin antes darle gracias por lo que ya ha hecho en nuestra vida. Y muchas veces sólo con la ala-

banza descende ya sobre nosotros la curación, aun antes de hacer ninguna petición concreta.

Recuerdo una vez un retiro en el que me encontraba “cerrado y sin salida”. Acudí a unos hermanos para que orasen por mí. No tenían tiempo en ese momento y me dijeron que lo harían después de los laudes comunitarios. Pero aquellos laudes fueron una explosión de alabanza comunitaria y me liberaron por completo. Sentí como un tapón que saliese con fuerza de una botella de champaña. Aquello que me había estado taponando saltó ante la fuerza de la alabanza y me sentí liberado. Al acabar los laudes vinieron a orar por mí y les dije que ya no lo necesitaba.

Verdaderamente la alabanza atrae sobre nosotros la *miserericordia* de Dios. Dice el salmo 40: “He publicado tu justicia en la gran asamblea, mira, no he contenido mis labios, tú lo sabes, Yavé... ..No he ocultado tu amor y tu verdad a la gran asamblea. Y tú, Yavé, no contengas tus ternuras para mí. Que tu amor y tu verdad incesantes me guarden” (Sal. 40, 10-12).

En esta cita se menciona dos veces el verbo “contener” en el sentido de retener, reprimir. Yo *no contengo mis labios*, y el Señor *no contiene sus ternuras* para conmigo.

Parece establecerse una relación mutua entre ambas acciones. El Señor no contiene sus ternuras en la medida en que nosotros no contenemos nuestros labios. El dique de contención que nos aísla de experimentar la ternura de Dios es nuestra falta de alabanza, nuestro respeto humano para aclamarle “ante la asamblea”, nuestros bloqueos, nuestra incomunicación, nuestra falta de facilidad para hablar de Dios.

Una mujer prostituta delante de todos se acercó a Jesús, derramó sus lágrimas, rompió el vaso de su perfume, y toda la casa quedó llena del aroma de su amor y su

agradecimiento (Lc. 7, 36-50). Y experimentó en sí misma toda la ternura y la misericordia de Jesús.

Al recordar a esta mujer y ver cómo en las comunidades religiosas hay esos increíbles bloqueos para hablar y expresar el amor a Jesús, para orar espontáneamente, para darse testimonio mutuo de la acción de Jesús en la vida, pienso que verdaderamente las prostitutas irán delante de muchos religiosos en el Reino de los cielos (cfr. Mt. 21, 31).

Ella un día rompió en público su vaso, ante la mirada de todos, y rompió a llorar. Nosotros queremos mantener intacto nuestro vaso, y nos reservamos para nosotros nuestro perfume. Quizá es porque en el fondo, como Simón, “no amamos mucho”. Nuestros bloqueos expresivos puede que no sean en el fondo más que falta de amor.

La alabanza es sólo para los valientes, los que han vencido sus inhibiciones y son capaces, como aquella mujer, de levantarse ante toda la asamblea y cantar el amor de Jesús. Ella tuvo que abrirse paso entre sonrisas burlonas, cuchicheos y comentarios, y gente que la señalaba con el dedo.

Uno de los dones del Espíritu, más importantes para la construcción de la Iglesia, es la *audacia*, el valor para proclamar el nombre de Jesús y la gloria de Dios (Hech. 4, 29-30). La primera manifestación de la efusión del Espíritu Santo es siempre la alabanza: “Todos los oímos hablar en nuestra lengua las maravillas de Dios” (Hech. 2, 11).

El Espíritu Santo es el viento impetuoso capaz de barrer las trabas y barreras que nos impiden abrirnos a la alabanza.

Otro fruto muy importante de la alabanza es el de ser fuente de *discernimiento*. Hay muchas veces en la vida en las que no sabemos lo que debemos hacer y nos preguntamos cuál será la voluntad de Dios para alguna deci-

sión concreta. En esos momentos debemos volvernos hacia Dios y alabarle con todas nuestras fuerzas, y en este proceso se nos manifestará su voluntad. “Dichoso el pueblo que sabe alabarte. Caminará, oh Señor, a la luz de tu rostro” (Sal. 89, 16). Y efectivamente, ¡cuántas veces hemos experimentado que el pueblo de alabanza es guiado por Dios en el camino!

Una experiencia muy frecuente en la oración carismática es que después de momentos fuertes de alabanza, especialmente cuando se trata de alabanza en lenguas, se hace presente la palabra de Dios por medio de alguna *profecía*. Lo mismo hemos experimentado en los grupos de intercesión, cuando estábamos pidiendo por alguna persona determinada.

No se trata de nada nuevo. En realidad ya en la liturgia del Templo era frecuente el que las profecías se diesen durante la liturgia de alabanza. En los Salmos de alabanza normalmente es el hombre quien se dirige a Dios. Pero a veces se interrumpe este discurso y aparecen entre comillas unas palabras puestas en boca de Dios. Lo que ha sucedido es que en el curso de la alabanza Dios ha comunicado su palabra.

Así, por ejemplo, en el salmo 81, mientras los fieles “gritan de gozo a Dios nuestra fuerza”, de repente se oye una lengua desconocida; es una intervención profética de Dios que dice: “Yo liberé sus hombros de la carga; sus manos abandonaron los canastos; en la aflicción gritaste y te salvé” (v. 7).

El salmo 49 es todo él una meditación sobre el aparente éxito de los malvados y el sufrimiento de los justos. Es quizá uno de los problemas más difíciles de comprender. “Me puse a pensar para entenderlo. ¡Arduo problema ante mis ojos!” (Sal. 73, 16).

Pues bien, lo más original es la forma que tiene el salmista de resolver este problema. “Tiendo mi oído a un

proverbio. Al son de la cítara descubriré mi enigma” (v. 5). No sé qué opinarán nuestros pensadores sobre este nuevo método de filosofar en el que las soluciones nos llegan al son de la cítara. Pero, efectivamente, ¡cuántas veces la respuesta del Señor a problemas muy importantes de nuestra vida nos ha llegado durante el canto y la alabanza de la comunidad!

¡Cuántas horas ahorraríamos si nuestros equipos de discernimiento, en lugar de discutir tanto, pasaran más tiempo en la alabanza al Señor! Es norma del equipo de discernimiento que dirige un grupo de oración el dedicar una buena parte de la reunión a la alabanza.

Y si alguna vez surge alguna discusión, se interrumpe el análisis de la situación para volver a la alabanza.

Cuando el profeta Eliseo tuvo que dar una respuesta al rey de Israel, pidió que le trajesen un tañedor. “Y sucedió que mientras tocaba el tañedor, vino sobre él la mano de Yavé y dijo: ‘Así es Yavé’” (2 Rey. 3, 15). El canto, y la alabanza nos ponen en disposición para escuchar mejor a Dios; abren nuestro oído y nuestro corazón para escuchar mejor su palabra.

Finalmente mencionaré como fruto de la alabanza el hacernos vivir en *el gozo del Señor*. Dice el mismo salmo 89 que hemos citado: “Dichoso el pueblo que sabe alabarte; caminará, oh Señor, a la luz de tu rostro. Tu nombre es su gozo cada día” (Sal. 89, 16). El gozo es uno de los frutos del Espíritu y de la vida abundante que Jesús ha venido a traernos. El gozo no es un lujo, sino una necesidad. Es nuestra fortaleza (cfr. Neh. 8, 10) frente a todas las dificultades y tentaciones.

Y es la alabanza la fuente de este gozo. Cuando en la profecía de Is. 61 se contraponen la situación antigua de opresión con la liberación mesiánica, se dice que la obra del Mesías será “consolar a todos los que lloran, darles diademas en vez de ceniza, aceite de gozo en vez de vestido de luto, *alabanza en vez de espíritu abatido*” (Is.

61, 3). La alabanza es, pues, la antítesis del espíritu abatingido, es el nuevo aceite de gozo.

Los cantos inspirados los asemeja san Pablo a los de aquellos que tienen unas copitas de más. “No os embriaguéis con vino, que es causa de libertinaje; llenaos más bien del Espíritu y recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados” (Ef. 5, 18-19).

Lo que nos viene a decir Pablo es que el cristiano para cantar alegre no necesita tomarse antes unas copitas, porque tiene a su disposición un vino mejor: el vino del Espíritu.

Y este vino produce en nosotros un efecto parecido al del alcohol, pero sin resacas ni enfermedades. Nos desinhibe, nos hace capaces de comunicarnos, llena de alegría nuestra fiesta y da vida a nuestras canciones. ¡Ojalá que también hoy cuando nos oigan celebrar nuestra liturgia y nos oigan cantar las alabanzas del Señor, piensen como en Pentecostés: “Están llenos de vino”! (Hech. 2, 13).

XII

EL ANTIEVANGELIO DE LA CRITICA Y LA MURMURACION

¿Cuál es la actitud humana que más desagrada a Dios?

Si el hombre ha sido creado para alabanza de su gloria, es claro que la actitud más opuesta al evangelio es la de la queja y murmuración. Porque esta actitud refleja una desconfianza en la bondad, el poder y el amor de Dios.

La principal queja contra Dios es decirle: *¿Por qué me has hecho así?* “¡Ay del que litiga con el que le ha modelado, la vasija entre las vasijas de barro! ¿Dice la arcilla al que la modela: qué haces tú?, ¿y tu obra no está hecha con destreza?” (Is. 45, 9).

En muchas escuelas de espiritualidad se ha insistido mucho en la vanidad y la autocomplacencia como uno de los peores pecados. Yo no estoy de acuerdo con ello. En mi pequeña experiencia pastoral, el defecto más destructivo es el rechazo propio, el desprecio, la no aceptación. En el fondo la vanidad, el deseo de llamar la atención, brotan de un sentido de incapacidad, de un complejo de inferioridad, de una inseguridad radical, que tratamos de aliviar haciendo pequeñas cositas que no nos hagan sentirnos tan mal como en realidad nos sentimos.

No apreciamos la obra de Dios en nosotros y vivimos en un continuo reproche: *¿por qué me has hecho así?* A veces es simplemente un defecto físico, una cojera, una enfermedad crónica, una deformidad en el rostro, un defecto de pronunciación que nos humilla. Otras ve-

ces es la no aceptación de la familia propia, de nuestra capacidad intelectual, de nuestro carácter, de la falta de oportunidades que nos brindó la vida, de nuestro trabajo...

Basta a veces un defecto bien pequeño para que nos bloqueemos y seamos incapaces de ver en nosotros algo que no sea este defecto. La vida se convierte en un continuo lamento estéril. "Si yo no fuera así...". Al cerrarnos sobre nuestro defecto, esta actitud de lamentación continua nos impide ver y desarrollar tantas posibilidades maravillosas como hay en nosotros.

Lo dice muy bellamente un pensamiento oriental: "Si lloras porque se ha puesto el sol, las lágrimas te impedirán ver las estrellas".

El gran pecado del pueblo hebreo en el desierto fue el de vivir en una queja continua contra su Dios. La primera queja es el *miedo*. Eric Fromm lo ha descrito bien en su precioso libro *El miedo a la libertad*. Al sentirse libre, el pueblo empieza a echar de menos los tiempos de la esclavitud, en que todo se lo daban hecho, en que no tenían que enfrentarse con las dificultades de la libertad.

Y empiezan a añorar los tiempos de la esclavitud. ¡Qué real es esta queja en nuestras vidas! Hemos experimentado la salvación del Señor, como los hebreos en el Mar Rojo. Pero a la primera dificultad, al primer desierto por donde tenemos que atravesar, al primer enemigo con quien tenemos que enfrentarnos, inmediatamente nuestro corazón se acobarda y empieza a quejarse de su suerte, añorando los años de la esclavitud en los que no había esos desiertos ni esos enemigos. Y se quejan a Moisés: "¿Por qué nos has traído a morir en este desierto? ¿Qué has hecho de nosotros sacándonos de Egipto? ¿No te dijimos claramente en Egipto: 'Déjanos en paz, queremos servir a los egipcios?' Porque mejor nos es servir a los egipcios que morir en el desierto" (Ex. 14, 11-12).

La segunda tentación es el *hambre*. En cuanto el hambre arrecia, surge en seguida la murmuración, la duda en el Dios que nos guía. Y se echan de menos los ajos y cebollas de Egipto. “Toda la comunidad de israelitas comenzó a murmurar contra Moisés y Aarón en el desierto; los israelitas les decían: ‘¡Ojalá hubiéramos muerto a manos de Yavé en la tierra de Egipto cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne, cuando comíamos pan hasta hartarnos. Vosotros nos habéis traído a este desierto para matar de hambre a toda esta asamblea!’” (Ex. 16, 2-3).

Otro motivo de queja es la *sed*. “El pueblo torturado por la sed, siguió murmurando contra Moisés. ¿Nos has hecho salir de Egipto para hacernos morir de sed a mí, mis hijos y mis ganados?”. Por todas partes esta actitud de queja y desconfianza continua en la obra de Dios... Esta queja es la que impide a Dios realizar y completar su obra maravillosa en las personas y las comunidades. Esta actitud quejumbrosa es la que más hiere el corazón de nuestro Padre Dios. “Dudaron de mí, aunque habían visto mis obras” (Sal. 95, 9).

Hemos sido testigos de grandes obras de Dios en nuestra vida. Ha habido grandes liberaciones, hemos recorrido aventuras asombrosas con el Señor, hemos presenciado signos y prodigios en nuestra vida y en la de nuestros hermanos. Hemos visto su gloria en el nacimiento de comunidades nuevas y en conversiones muy difíciles. Hemos comprobado el poder de la oración y de la alabanza. Y, sin embargo, en cuanto el Señor nos pone a prueba, en cuanto las cosas no salen según nuestros planes, nos quejamos. “No tentemos al Señor como algunos de nuestros padres le tentaron y perecieron víctimas de las serpientes. Ni murmuréis como algunos de ellos murmuraron y cayeron bajo el Exterminador” (1 Cor. 10, 10).

Los que murmuran caen bajo el poder del Exterminador. ¡Qué poder de exterminio tiene la murmuración en

nuestra vida! ¡Qué fuerza de destrucción tan grande tienen los sentimientos negativos, los reproches estériles, el espíritu crítico, los rechazos, la no aceptación de nuestras limitaciones...!

Conozco a dos personas con el mismo defecto físico: una pierna debilitada por la polio: Una de ellas lo ha superado, y hoy es una persona feliz, positiva, dinámica. La otra se ha dejado dominar por la murmuración y los sentimientos negativos, y se ha ido autodestruyendo poco a poco, acomplejando y llenando su vida de resentimientos contra la sociedad, contra Dios, contra sus padres.

Y nos podemos preguntar: ¿cuál es la causa de tanta destrucción interior? El nos dirá: "La culpa de todo la tiene la pierna. Si yo no estuviese cojo... ¿Por qué me ha hecho Dios así? Dios no me ama". Pero nosotros le diríamos: "La culpa no la tiene tu pierna. Personas con defectos mucho peores han sido alegres, optimistas, emprendedores. No le culpes a tu pierna. La culpa es de tu no aceptación, de tus recriminaciones, de tu incapacidad para la alabanza. Mucho más importante que tener una pierna sana, es pedirle a Dios que te sane de tu resentimiento que es en realidad el que te está matando".

Begoña, quien me enseñó a alabar a Dios, tiene parálisis cerebral, huérfana de padre y madre, vive sola en el piso que fue de sus padres. Tiene una gran inteligencia y una gran sensibilidad poética y religiosa, pero apenas, puede hablar. Casi no anda. Todo su cuerpo está desfigurado por la falta de control de sus músculos. Y, sin embargo, no he conocido persona más feliz. Cuando alza al cielo sus brazos alabando a Dios y lanzando gritos de alegría en ese lenguaje que no se puede comprender, es un signo vivo de que la alabanza a Dios vence todas las dificultades de la vida.

El gran secreto de la alabanza es comprender que no hay ninguna circunstancia de la vida que no esté envuelta por el amor de Dios. No es que le atribuyamos a Dios el

mal, ni la enfermedad. No, la enfermedad, el hambre, la opresión, vienen del pecado y no son queridas por Dios. Sin embargo, aun en estas consecuencias del pecado del mundo está presente el amor de Dios, envolviéndolas en amor y “quitándoles el aguijón” (1 Cor. 15, 55), el poder que tienen para destruirnos.

Al alabar a Dios por lo bueno y por lo malo, hacemos un acto de fe en ese amor del Padre que puede desviar aun a la misma enfermedad y aun al mismo pecado, haciendo que redunden en bien nuestro. “Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman” (Rom. 8, 28).

Recuerdo una vez que recibí un nuevo destino, es decir, mis superiores me dieron un nuevo campo de trabajo. Me pareció que había sido una decisión muy equivocada de ellos, en la que no se me había tenido suficientemente en cuenta. Traté de poner todos los medios para que esta decisión se rectificase. Pero la noche en que se me comunicó que era algo definitivo, sentí una oleada de rebeldía dentro de mí. El espíritu de queja de los israelitas en el desierto me inundó. Veía todas las consecuencias nefastas que ese cambio podía tener para la obra en la que había estado comprometido hasta entonces; me asaltaban los temores respecto al nuevo campo de actividades.

Pero algo dentro de mí me decía: “¿No vas tú predicando por ahí que hay que alabar a Dios por todo, por lo bueno y por lo malo? ¿Por qué no le alabas por este destino?”. Y una voz interior me decía: “Lo que hago contigo no lo entiendes ahora, lo comprenderás más tarde” (Jn. 13, 7). “Hay muchos aspectos de este destino que ahora se te ocultan. Dentro de unos años verás que fue algo providencial y me darás las gracias, cuando lo comprendas todo. ¿Por qué esperar unos años? ¿Por qué no empiezas ya ahora a darme las gracias?”

Y comencé a alabar a Dios, primero con unas palabras que nie sonaban a fórmula e hipocresía. Después

la alabanza fue penetrando más en mí y me fui llenando de paz y de aceptación.

Yo no he tenido que esperar muchos años para comprender los aspectos positivos de aquel destino. Si lo hubiera vivido en la queja me hubiese amargado y hundido. Al aceptarlo en alabanza pude salir a flote y volverme a entusiasmar con mi nueva misión. Además, muchos de los temores que entonces tenía nunca llegaron a realizarse y en cambio he recibido gracias de Dios que en aquel momento no pude ni sospechar.

Vivir en la alabanza o en la murmuración son procesos, no son actos sueltos. Dice M. Carothers en su libro *El Poder de la Alabanza*: “El resultado de nuestras acciones es acumulativo. Con cada paso positivo de fe es más fácil creer. Del mismo modo cada vez que permitimos que la incredulidad niegue la presencia y el amor de Dios en una situación difícil, los resultados negativos aumentan y se hace muchísimo más difícil dominar nuestra voluntad para ejercitar la fe. Cuanto más murmuramos tanto más nos enredamos en la trama de la derrota. Muchas pequeñas murmuraciones contribuyen a hundirnos en las montañas de la depresión”¹¹.

Ninguna situación puede estar tan cerrada que se nos haga imposible la alabanza. Rompiendo ese circuito que nos hace dar vueltas y vueltas en torno al perímetro de nuestro propio dolor, la alabanza nos hace tomar un tiempo de respiro y distanciarnos de él.

Pero sobre todo la alabanza no sólo nos dispone mejor para enfrentarnos con las situaciones difíciles. La alabanza dispone mejor el corazón de Dios para con nosotros. Si, como hemos dicho, no hay cosa que Dios aborrezca más en nosotros que nuestro espíritu quejumbroso, no hay cosa que más le agrade que nuestro carácter apreciativo y agradecido.

¹¹ M. R. Carothers, *El Poder de la Alabanza*, Miami 1973, p. 177.

XIII

POR CRISTO, CON EL Y EN EL

“Yo te he glorificado sobre la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar” (Jn. 17, 4). La vida, muerte y resurrección de Jesús han sido el mayor acto de glorificación del Padre, y solamente en unión con Cristo podremos ser nosotros alabanza de su gloria.

“El es imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas... todo fue creado por él y para él, y existe con anterioridad a todo” (Col. 1, 15-17). Jesús es la imagen, el resplandor de la gloria del Padre, y así puede residir en él toda la plenitud del amor.

La gloria de Dios se exalta en la medida en que su amor y sus perfecciones se difunden por la creación. Las criaturas dan gloria a Dios participando de su bondad y reflejándola. Pero todo lo creado no puede sino reflejar muy imperfectamente la maravilla de Dios, y por eso sólo puede dar a Dios una gloria muy imperfecta. Solamente Jesús que es la imagen perfecta del Padre, la réplica exacta, puede dar a Dios la gloria perfecta.

Damos, pues, gloria a Dios en la medida en que participamos de su bondad y de sus perfecciones, en la medida en que nos parecemos a Dios, en que “somos perfectos como el Padre es perfecto” (cfr. Mt. 5, 48).

Pero ¿cómo es Dios? Hay miles de imágenes de Dios muy distintas. Cada uno tiene su propia imagen particular de Dios y trata de imitarla de alguna manera. El pecado de Adán no fue el querer ser como Dios (cfr. Gén.

3, 5). Al contrario, ésta es nuestra más profunda vocación: ser como Dios. Sólo así podremos ser su alabanza.

El pecado de Adán y Eva, y todos los pecados en definitiva, consisten en la idolatría de fabricarse una imagen falsa de Dios y tratar de parecerse a la semejanza de este dios fabricado por nuestras manos. El hombre tiende a crear un dios a su propia imagen y semejanza: dioses crueles, dioses vengativos, dioses caprichosos y arbitrarios, dioses soberanos y manipuladores, dioses que no respetan la libertad de los demás, dioses que no saben amar, dioses volubles e inconstantes...

Pero “a Dios nadie le ha visto jamás. El Hijo único que está en el seno del Padre, él nos lo ha contado” (Jn. 1, 18). La única manera de no fabricar ídolos es dejar que el Hijo nos cuente. Prescindir de nuestros propios materiales, presentarnos ante Jesús para que sea él y sólo él quien dibuje en nosotros el verdadero rostro de Dios.

Y si le dejamos a Jesús que nos cuente, ¡qué distinta imagen de Dios resulta! En él habita la plenitud (Col. 1, 19), la plenitud del amor y la fidelidad, del amor fiel.

Jesús nos revela en qué consiste la gloria de la divinidad al mostrar en su vida la plenitud del amor y la lealtad. Estos son los dos grandes atributos de Dios desde el Antiguo Testamento. Ya el libro del Exodo nos habla del *hesed* y *emet* de Dios, es decir el amor a la vez tierno y duradero, misericordioso y leal (cfr. Ex. 34, 6).

Por eso en la teología de san Juan el momento en que se revela con mayor fuerza la gloria de Jesús no es la resurrección, sino el momento de la muerte. Entonces es cuando Jesús es verdaderamente exaltado y lo atrae todo hacia sí (cfr. Jn. 12, 32). Si la gloria de Dios fuese el renombre, el poder, el esplendor, entonces diríamos que en la cruz se oculta momentáneamente la gloria de Dios para reaparecer luego en la resurrección. Pero si la gloria de Dios consiste en su amor fiel, es en la cruz donde más se revela

el amor, donde más se revela la íntima naturaleza de Dios.

En la cruz Jesús muestra su amor hasta el extremo (cfr. Jn. 13, 1), porque no hay mayor amor que entregar la vida (Jn. 15, 13) ni hay mayor lealtad que seguir siendo fiel aun a aquellos que nos la quitan.

Juan lo ha descrito magistralmente. En el momento en que toda la oleada del rencor y la violencia de los hombres se estrellan contra Jesús, en el momento en que la lanza del soldado certeramente manejada, blandida por todo el odio de los hombres, golpea contra el corazón de Jesús, se abre el corazón de Dios y se descubre hasta el fondo la profundidad de su amor, la grandeza de su gloria. Aquella llaga es a la vez hendidura por la que podemos asomarnos a contemplar su gloria, y canal por donde se derrama sobre nosotros esta plenitud.

“Hemos *contemplado* su gloria” y “hemos *recibido* de su plenitud”. Contemplar es recibir. Por la misma llaga por donde contemplamos, recibimos una participación de ese amor leal, y somos también nosotros capaces de amar con fidelidad. “De su plenitud hemos recibido un amor que responde a su amor” (Jn. 1, 16). Y al recibir de su plenitud nos transformamos en su imagen y llegamos a ser reflejo de la gloria de Dios, imagen de su amor.

Toda nuestra vida de alabanza se concentra en la Eucaristía, en la que junto con Jesús hacemos ofrenda de nuestra vida por amor. Eucaristía es acción de gracias, es sumergirnos en la acción de gracias que Jesús ofrece al Padre por toda la eternidad, entrando en el misterio de su Pascua.

Eucaristía es comulgar con Jesús, transformándonos en su imagen: es participar de su amor y su fidelidad, es lavar los pies a los hermanos, es entregarnos como alimento, es derramar nuestra sangre, es crear comunidad de alianza, es morir un poco más a nuestro hombre viejo,

es dejarnos comer por los hambrientos del mundo. Así, y sólo así, en Cristo, seremos para gloria del Padre.

“Haced esto en recuerdo mío” (1 Cor. 11, 25). ¿Qué es *esto*? Sin duda no se trata meramente de un rito sacramental que realicemos cada día siguiendo unas ciertas rúbricas. “Haced lo que yo he hecho” es ante todo renovar nuestra entrega al Padre para el bien de los hombres. Sólo cuando toda nuestra vida es un proyecto de amor podemos participar en este signo sacramental y recibir de él la fuerza para seguir creciendo en el amor. “Vivid en el amor como Dios os amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma” (Ef. 5, 2). De la oblación de amor de Cristo sacamos la fuerza para vivir en el amor.

Pero no sólo la *vida* recibe su valor de este sacrificio de Jesús para ser alabanza del Padre. Nuestro acto de alabanza más perfecto será el momento de nuestra *muerte*.

Muchas veces hemos querido entregar a Dios toda nuestra vida, pero no somos capaces de hacerlo. Siempre hay algo que nos reservamos o algo que inmediatamente volvemos a recobrar. Siempre hay una sustancia opaca que no se deja invadir por la luz; una resistencia oculta y persistente que se encarga de ir rebajando los ofrecimientos más generosos.

Sólo en la hora de la muerte podemos decir que todo se ha consumado, que todo se ha cumplido, que todo se ha entregado. La muerte nos proporciona esa oportunidad deseada de darlo todo sin reservarnos nada para nosotros. El momento en que nuestra naturaleza sufre la mayor violencia puede convertirse en la mejor expresión de nuestro amor. Pero para que la muerte no nos coja desprevenidos y no nos prive de la oportunidad de darle este sentido, hace falta que cada día en la Eucaristía nos adelantemos a la muerte y nos ofrezcamos voluntariamente.

“El mismo calvario de Jesús tiene necesidad de otro momento para ser comprendido en lo que es: una muerte libre. Este momento es la cena. ‘Nadie me quita la vida, yo la doy voluntariamente’ (Jn. 10, 18). A fin de mostrar claramente la elección deliberada que ha hecho de su pasión, Jesús muere la víspera de su muerte física, para que nadie imagine que sucumbe a la fatalidad; antes que le sea quitada la vida, la habrá expuesto espontáneamente sobre la mesa, bajo la forma de un pan voluntariamente entregado, de un vino voluntariamente ofrecido. La muerte, cuando venga, no tendrá ya nada que tomar, puesto que el amor se ha adelantado a la llamada, sin esperar a dejarse matar”¹².

La Eucaristía es el momento en que nosotros, a semejanza de Jesús, nos adelantamos a ofrecerlo todo, para que cuando nos vaya siendo quitado, no se interprete como una fatalidad. Al recordar la muerte del Señor anticipamos la nuestra propia “cuando él venga”. Reaccionamos así ante la violencia con un amor fiel, un amor libre que no sucumbe a la fatalidad, y “reproducimos en nosotros la imagen de Jesús, primogénito entre muchos hermanos” (cfr. Rom. 8, 29). Y esta imagen de Jesús reproducida en nosotros es la perfecta alabanza de la gloria del Padre.

¹² A. Manaranche, *Al servicio de los hombres*, Salamanca 1969, p. 32.

XIV

MI ALMA ENGRANDECE AL SEÑOR

En la persona de María podemos resumir todo cuanto hemos dicho en este libro sobre la alabanza.

Ella fue la primera carismática que se dejó invadir por el Espíritu Santo y vivió cubiérta por su sombra desde Nazaret hasta el Cenáculo. No es casualidad que precisamente Lucas, el evangelista de María, sea al mismo tiempo el evangelista del Espíritu Santo. Ella representa al resto de Israel, la parte no podrida del tronco, “el pueblo humilde y pobre que lanza gritos de gozo, lanza clamores, se alegra y exulta de todo corazón” (cfr. Sof. 3, 12-14). Representa al pueblo que “aguarda la consolución de Israel”, a los que no se han cansado de esperar en su Dios. Por eso puede cantar, porque la canción sólo muere definitivamente en nuestros labios cuando ha muerto la esperanza.

Pero, sobre todo, ella lleva en su seno el objeto de nuestras esperanzas. Encierra en su seno toda la gloria del Señor. Es arca de la nueva alianza. Así es como nos la presenta Lucas.

Decíamos, efectivamente, que cuando el arca de la alianza llegaba al campamento israelita, todo el pueblo saludaba la presencia de Dios en ella lanzando el *teruwa*, el grito de aclamación. Esta misma escena del Antiguo Testamento es la que Lucas reproduce en el pasaje de la Visitación¹³. María es ahora el arca de la alianza que con-

¹³ C. Escudero Freire, *Devolver el Evangelio a los pobres*, Salamanca 1978, pp. 182-183.

tiene la presencia del Dios de las victorias. Por eso Isabel, al verla entrar en su casa, lanza el *teruwa*, el grito de aclamación de los pobres. “Exclamó Isabel *con una gran voz*: “¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!” (Lc. 1, 42). Y como también David había acogido el arca con *saltos de júbilo*, ahora el niño en el seno de Isabel *salta de gozo*. La alabanza se convierte en sinfonía contagiosa, y María comienza también a cantar el gozo que lleva dentro de su espíritu y dentro de su vientre.

Este gozo nace de la esperanza. *Feliz la que ha creído* que se cumplirán las promesas del Señor. La fe en sus promesas, la espera contra toda esperanza, nos estabiliza en el gozo de nuestro Señor, porque el motivo de nuestra alabanza no está ya en nosotros, sino en el Señor.

“Estad *siempre* alegres en el Señor, os lo repito, estad alegres” (Flp. 4, 4). Si nuestra alegría dependiese de nuestros estados de ánimo, de lo bien que nos van saliendo las cosas, de nuestro crecimiento espiritual, de nuestros éxitos apostólicos, entonces sería una alegría muy variable y no podríamos estar *siempre* alegres. Pero si el motivo de nuestro gozo es que “el Señor está cerca” (Flp. 4, 5), entonces hemos encontrado una roca firme para nuestra alabanza y un ancla para nuestro gozo.

— María supo encontrarla. “Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador”. Su mirada limpia y benevolente se fija en el Salvador y sabe así admirar la belleza de Dios que hay en sí misma. Su vida no transcurrió en el continuo reproche del *por qué me has hecho así*, sino en la continua alabanza del *gracias por la maravilla de mi pequeñez*.

— Al igual que su Hijo, también glorificó al Padre realizando la obra que le había sido encomendada. El *sí* total, absoluto, sin reservas ni restricciones, es también su gran acto de alabanza.

Pero sólo desde la pobreza puede florecer esta alabanza. El *Magnificat* es a la vez el más bello canto de

alabanza y el más revolucionario de los himnos. Sólo la conciencia de nuestra pobreza nos puede hacer conscientes del don de Dios que hay en nosotros.

Una de las frases más profundas de la madre Teresa de Calcuta es su testimonio de que “viviendo con los pobres he llegado a descubrir lo pobre que soy yo”. Es verdad, los pobres me desestabilizan; me sacan del mundo en el que me sé manejar. Lejos de hacerme sentir un héroe por entregarme a ellos, me hacen descubrir lo mezquino de mi capacidad de entrega. Los pobres me descubren la vaciedad de mis bonitas teorías y me muestran cómo realmente soy: mezquino, impaciente, selectivo en mi trato, comodón, egoísta...

Por eso nos salvan los pobres, porque nos hacen conscientes de nuestra debilidad y nos hacen comulgar con su pobreza, dejando así que la luz de Dios brille en nosotros, pero la gloria y la alabanza sean para él y no para nosotros.

Es de esta forma cómo los pobres nos salvan. En la medida en que ayudamos al enfermo a descubrir el amor de Dios presente en su dolor, aprendemos a descubrir el amor de Dios presente en el nuestro. Así esta relación se convierte en fuente de salvación para ambos, y nos hace descubrir la gloria de Dios presente en su vida y en la mía.

La vocación de María es la de acercarse a los necesitados para llevarles al Dios que guarda en su seno. Pero el mayor don que María lleva a Isabel es el de su canto, el de su alianza. La mayor necesidad de los pobres es la de una palabra de consuelo y esperanza.

Escribe Albert Vanhoye: “Si en nuestro corazón no tenemos conciencia de ser hijos queridos, si no hemos adquirido el hábito de encontrar el rostro del Padre, si no se eleva desde nuestra alma un canto de alegre reconocimiento, ¿para qué vamos a abrir la boca? ¿Qué vamos a

decir a los demás? Jamás les haremos creer que el Reino de los cielos es un tesoro escondido, una perla preciosa; nosotros mismos no lo sabremos. El secreto de los hombres, según Dostoievski, es “encontrar a alguno a quien poder cantar su himno”... Si no tenemos ningún *Magnificat* que cantar, es inútil ponernos en camino para la Visitación, no llevaremos nada a nadie...¹⁴.

En el misterio de la Visitación, en el canto del *Magnificat*, se reconcilian misteriosamente la vocación a la alabanza y la vocación al servicio a los pobres. En el cántico se reconcilian misteriosamente la conciencia de nuestra propia pobreza y la de la grandeza de Dios.

¹⁴ A. Vanhoye, “Reconocimiento”: *Oración y Servicio*, Marzo 81, p.74.

INDICE

| | |
|--|----|
| Presentación | 5 |
| I. Las raíces bíblicas de la alabanza | 7 |
| II. La alabanza es vivir en la verdad | 13 |
| III. La liturgia de Israel y nuestra liturgia | 21 |
| IV. La alabanza de la vida | 25 |
| V. El culto en el Espíritu | 33 |
| VI. La alabanza desde la pobreza | 39 |
| VII. La alabanza con el cuerpo | 45 |
| VIII. Vida para Gloria de Dios | 51 |
| IX. Una corriente de renovación: La oración carismática .. | 57 |
| X. La oración en lenguas: gracia de alabanza | 63 |
| XI. Los frutos de la alabanza | 71 |
| XII. El antievanglio de la crítica y la murmuración | 79 |
| XIII. Por Cristo, con El y en El | 85 |
| XIV. Mi alma engrandece al Señor | 91 |

Colección
PLENITUD

1. **¡Dios mío, necesito algo!**, P. George de Prizio, c.s.c.
2. **El Carisma del discernimiento**, Jacques Custeau, s.j.
3. **Buscando Salud**, Carlos Aldunate, s.j.
4. **El crecimiento**, Mons. Carlos Talavera
5. **Alabanza comunitaria**, Benigno Juanes, s.j.
6. **Orar en lenguas**, Benigno Juanes, s.j.
7. **Vivamos nuestra confirmación**, Carlos Aldunate, s.j.
8. **Conversión de Simón Pedro**, Pedro Berrios G.
9. **Alabaré a mi Señor**, Juan Manuel Martín-Moreno, s.j.